

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SEGUNDO TRIMESTRE DE 1951

SUMARIO:

ENRIQUE ESPINOZA: *LA TORRE DE BABEL*
¶ LUIS FRANCO: *PRESENCIA DE HUDSON* ¶
GERMAN ARCINIEGAS: *SOBRE LOS IDIOMAS*
¶ LAIN DIEZ: *EN UN 1.º DE MAYO* ¶ FRAN-
ÇOIS FEJTÖ: *MARX Y HEINE* ¶ LEOPOLDO
HURTADO: *DIFTERIA EN EL RANCHO* ¶
HORTENSIA BLANCH: *DIGESTION DE LA
BOA* ¶ WILLIAM BARRETT: *LA RESISTEN-
CIA DE LAS PEQUEÑAS REVISTAS EN EE. UU.*

LA CIENCIA PHILCO

al servicio del hombre

Toda la historia de PHILCO es una ininterrumpida sucesión de aportes valiosos en el campo de la técnica.

PHILCO con sus grandes laboratorios de investigación científica ha logrado la indiscutible supremacía en materia de nuevos adelantos para Radio - Electrónica - Televisión - Refrigeración y acondicionamiento de aire.



el líder en Radio, Refrigeración
y Electrónica.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA L'ATELIER

*Huérfanos 714,
Galería Teatro L'Atelier*

SELECCION DE LIBROS
ITALIANOS Y FRANCESES

REVISTAS — SUSCRIPCIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE

*Alameda B. O'Higgins 1313
Teléfono 69649*

Casilla 13324

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CULTURA

*Huérfanos 1179
Teléfono 88830*

Casilla 4130

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 4655*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO

— S. A. —

*Ahumada 57 Teléfono 89166
Casilla 3126*

LIBRERIA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 Tel. 80504
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS
Y EN LENGUA ESPAÑOLA. TODAS
LAS NOVEDADES

CHILEAN-BRITISH BOOK CENTRE

*Agustinas 715 - Local 112
Tel. 38825*

ARTE, CIENCIAS, LITERATURA,
TEXTOS DE ENSEÑANZA,
PUBLICADOS EN INGLATERRA

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA UNIVERSITARIA

*Alameda B. O'Higgins 1058
Teléfono 82453*

OBRAS DE ARTE, CIENCIA,
FILOSOFÍA Y LITERATURA

Colaboradores

LUIS FRANCO.—Ha escrito en BABEL desde la aparición de su primer número en Buenos Aires. Estuvo dos veces en Chile invitado por la Universidad para dar conferencias. Su "Presencia de Hudson" fué anticipada en el órgano de la Sociedad de Escritores, "Sech" en 1937. Recogemos este poema de Franco por tratarse de una nota constante en estas páginas. Véase su extenso estudio, "Hudson en la Pampa" en nuestro número 18. Lo ha reproducido la "Revista Hispánica Moderna" de Nueva York junto a "La reconquista de Hudson" por Enrique Espinoza.

GERMÁN ARCINIEGAS.—Historiador y ensayista colombiano de reputación continental. Las páginas que insertamos en este número bajo el título "Sobre los idiomas", pertenecen a una conferencia que apareció in extenso en "La Nueva Democracia" de Nueva York.

FRANCOIS FEJTO.—Poeta húngaro y uno de los directores de la revista *Szep Szó* (Argumento) de Budapest en 1935. Ahora reside en París donde ha escrito una biografía de Heine a la cual pertenecen las páginas que reproducimos de *La Revue Internationale* en traducción de Catiucha.

LAIN DÍEZ.—Ha publicado en BABEL: "Renta, selección, aptitud" (N. 14); "Depauperación y concentración del capital" (N. 19); "Del materialismo histórico" (N. 21); "Raza calumniada" (N. 23); "La nueva Alemania" (N. 25); "Don Pedro Godoy" (N. 31); "Pérez Rosales, minero" (N. 36); "La generación del año veinte" (N. 40); "Los alemanes del 48 en Chile" (N.os 44 y 45); "Una lección del 1º de Mayo" (N. 50); "La primera traducción del Fausto" (N. 51) y "Carta a Volonta" (N. 55).

LEOPOLDO HURTADO.—Antiguo colaborador de BABEL en su primera época, el distinguido escritor y musicólogo argentino será dentro de poco huésped de la Universidad de Chile por segunda vez. El cuento que publicamos en este número, "Difteria en el rancho", es inédito y forma parte de un libro que prepara Hurtado para una editorial de Buenos Aires.

HORIENSIA BLANCH.—Colaboradora de la revista *Estudios* de La Habana, mensuario de cultura, en cuyo número 6, correspondiente al mes de Septiembre de 1950 apareció el artículo titulado "Digestión de la boa" que con una que otra ligera abreviación transcribimos.

WILLIAM BARRETT.—Es uno de los directores de *Partisan Review*, de Nueva York, donde apareció en su idioma original el artículo sobre las pequeñas revistas en los Estados Unidos, que reproducimos debidamente autorizados. La traducción es de Ernesto Montenegro.

ENRIQUE ESPINOZA.—Director de BABEL desde su fundación. Véase en el N.º 54: "Del idioma y la raza" y en el N.º 57: "Colonialismo espiritual".

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

Dirigida por Enrique Espinoza

*Ha publicado
últimamente colaboraciones
inéditas de:*

Ciro Alegría, Mauricio Amster, Juan Andrade, Sergio Atria, Julio Barrenechea, Lain Diez, León Felipe, Luis Franco, Héctor Fuenzalida, Hernán Gómez, González Vera, Eugenio González, Euclides Guzmán, Leopoldo Hurtado, Jorge Jobet, Luque Hidalgo, Ezequiel

Martínez Estrada, Jorge Millas, Julio Moncada, Rodolfo Mondolfo, Ernesto Montenegro, Emilio Oribe, José Pedroni, León S. Pérez, Manuel Rojas, Alfonso Reyes, Sanin Cano, Félix Schwartzmann, Fausto Soto, Juvencio Valle, Carlos Vicuña.

Traducciones autorizadas de:

James Aldridge, Hannah Arendt, Max Brod, Albert Camus, Jean Cassou, John Dos Passos, Albert Einstein, James T. Farrell, Waldo Frank, E. M. Forster, Robert Graves, Clement Greenberg, Elizabeth Hardwick, Sidney Hook, Aldous Huxley, Arthur Koestler, Jef Last, Li-Fu-Jen, Dwight Macdonald,

Paul Mattick, Gerhard Masur, Guy Mercier, Lise Meitner, Gorham Munson, William Phillips, Guido Piovene, Alfred Polgar, Philip Rahv, Gustav Regler, Jean-Paul Sartre, Natalia Sedova, Vincent Sheean, Ignazio Silone, Víctor Serge, Stephen Spender, Edmund Wilson, Richard Wright.

Páginas olvidadas o poco conocidas de:

Sherwood Anderson, Astolfo de Custine, Eugène Dabit, Enrique Heine, Alberto Gerchunoff, André Gide, Paul Groussac, W. H. Hudson, Pedro Henríquez Ureña, Jens

Peter Jacobsen, Leopoldo Lugones, P. J. Proudhon, Horacio Quiroga, Walther Rathenau, Juan Godofredo Seume, Paul Valéry, Enrique José Varona.

Números especiales o extraordinarios:

Homenaje a León Trotsky; Centenario de W. H. Hudson; La generación chilena del año 20; Homenaje a Vicente Pérez Rosales; La cuestión judía; Homenaje al

pueblo español; Centenario del 48; Situación de la literatura en la U. R. S. S.; Centenario de Goethe; Homenaje a Franz Kafka; Sanin Cano, nonagenario (en prensa).

EDICIONES DE LA REVISTA *Babel*

Colección del Olivar

C O P L A S de *Jorge Manrique*. Segunda edición, copiada a mano por Mauricio Amster, en nuevo formato de 11 x 17 cm. impresa en papel Ingres italiano, encartonada y con lomo de pergamino rotulado a mano a dos colores. Se hicieron solamente 300 ejemplares. \$ 200.

E L L I C E N C I A D O V I D R I E R A de *Cervantes*. Edición facsímil de la impresión primitiva hecha con motivo del cuarto centenario del nacimiento del autor. 230 ejemplares numerados, formato 15 x 24 en papel *Shadowmould Narcissus*. Agotado.

P R O V E R B I O S M O R A L E S de *Sem Tob*. La obra está íntegramente copiada a mano según el Código del Escorial, con ortografía y caracteres góticos redondos de la época. Hizo la selección Enrique Espinoza. La escritura y disposición del volumen es de Mauricio Amster. Edición numerada de 150 ejemplares en papel. *Shadowmould Laurel*. \$ 300.

Colección del Pedernal

M A N I F I E S T O C O M U N I S T A de *Marx y Engels*, en una cuidada traducción del original alemán por Mauricio Amster y adornado con un retrato de los autores grabado en talla dulce por José Moreno. Edición limitada de cien ejemplares en papel de tina. \$ 500.

D E S O B E D I E N C I A C I V I L de *Henry David Thoreau*. Traducción y prólogo de Ernesto Montenegro. Con un retrato del autor por Mauricio Amster. Edición del centenario en papel de tina, limitada a 100 ejemplares numerados. \$ 300.

Colección del Tamar

E L E S P Í R I T U C R I O L L O de *Enrique Espinoza*. Edición numerada de 500 ejemplares en papel pluma. \$ 100.

El espíritu criollo

por ENRIQUE ESPINOZA

Un juicio chileno y otro argentino sobre la obra y su autor

Con placer y provecho he leído su muy bello y acerado libro "El Espíritu Criollo", tan evocador que resulta dramático a la vez que justiciero: tiene usted gran calidad de historiador y de analista y un apasionado fervor que le hace convivir con sus lectores.

El estudio acerca de Sarmiento da luces nuevas y fuertes sobre el gran pensador argentino; pero el trabajo sobre el sentido social de Martín Fierro excede con mucho a las esperanzas siempre anhelosas del que emprende una lectura desconocida. El viejo poema de Hernández, que en la Argentina no ignora nadie y es hoy día clásico, cobra bajo su análisis un valor sorprendente y justificado.

Me ha dado Ud., mi querido amigo, bellas horas de placer y, como decía el marqués de Santillana, de gloriosa doctrina y fructuosa enseñanza.

CARLOS VICUÑA
(De una carta al autor)

... Enrique Espinoza es un raro. Mejor dicho, es tan raro porque —vayamos a lo esencial— es un insurrecto. Porque la causa de Martín Fierro sigue abierta delante de América. De esta causa es Espinoza abogado extraordinario. Y siempre un insurrecto. El asunto grande le desvanece los pequeños.

¿Qué es lo que sucede, en suma? Que las convicciones de este noble luchador son filosas. Los tiempos lo justifican. La suya es una sinceridad espada en mano. Y es que nada hay tan verdadero en él, según Ud. bien lo nota, como sus inquietudes por la libertad. Por eso se crispa. Oportunidades hay en que su disgusto nos alcanza a todos. Y es que está velando por nosotros, temiendo por nosotros, ansiando por nosotros.

Como periodista, como escritor, como hombre tiene sus santos y sus diablos. Ya ve Ud. cómo a Lugones lo saca hagiógrafo en lugar de biógrafo de Sarmiento. Y es que quiere un san Sarmiento. No es errata, porque en otro sitio lo repite. Es intención. Y está muy bien.

González Vera: Muchísimo me ha gustado este libro tan sabroso. Y tan conmovedor. Aliente Ud. siempre a su autor; exíjale cada año su cosecha y nos seguirá dando páginas magníficas.

ARTURO CAPDEVILA
(De una carta a González Vera)

COCOA VITALMIN

Un producto nuevo
para una
mejor alimentación



Sano. Agradable.
Nutritivo.



Para niños y adultos

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

TRIGÉSIMO ANIVERSARIO

1921 - 1951

AÑO XII

58

VOL. XIV

SANTIAGO DE CHILE

LA REVISTA CUMPLE UN FIN SOCIAL
QUE POCAS VECES LOGRA REALIZAR EL
LIBRO. EL LIBRO ESPAÑOL DE CALIDAD
SUELE SER UN GRITO EN EL DESIERTO;
PERO AUN ESE MISMO GRITO ALGUN DIA
EFICAZ QUE BRÖTA DEL LIBRO, LO FUE
MUCHO MAS CUANDO SE DIO POR PRIMERA
VEZ EN LA REVISTA.

BENJAMÍN JARNÉS

LA TORRE DE BABEL

1. Era entonces toda la tierra de una lengua y unas mismas palabras.

2. Y aconteció que, como se partieron de oriente, hallaron una vega en la tierra de Shinar, y asentaron allí.

3. Y dijeron los unos a los otros: Vaya, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y fuéles el ladrillo en lugar de piedra, y el betún en lugar de mezcla.

4. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.

5. Y descendió Jehová para ver

la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.

6. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos tienen un lenguaje; y han comenzado a obrar, y nada los retraerá de lo que han pensado hacer.

7. Ahora, pues, descendamos y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

8. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

9. Por esto fué llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

GÉNESIS, Cap. 11.

ESTE invocadísimo texto de la Biblia, del que deriva su nombre nuestro ambicioso empeño literario a lo largo de casi un tercio de siglo, es interpretado *urbi et orbi sólo en su aspecto catastrófico*. Vale decir, el de la venganza o castigo de Jehová.

El difuso eco clerical repite de continuo hasta la náusea, el episodio de la confusión de las lenguas; pero deja de lado el quid de aquel constructivo intento epónimo.

Sin embargo, basta una simple ojeada para descubrirlo allí donde se habla en forma previsor de hacerse un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre toda la faz de la tierra.

¿Es preciso subrayárselo a quienes vivieron la caída de París, al paso de las tropas arias de Hitler, y su liberación por los guerrilleros internacionales de las más diversas lenguas?

En verdad, nadie piensa hoy olvidar su idioma propio y distinto por el primitivo y único, anterior a la confusión. Nadie, ni siquiera los testigos de Jehová.

Por otra parte, siempre se ha visto algo más que una querrela lingüística en la cuestión de la torre de Babel.

Dostoiewsky adivinaba en su cúspide al socialismo ateo, deseoso de bajar el cielo a la tierra. El gran novelista sabía, y así lo asegura, que Aliocha, el menor de los Karamázov, pudo haber seguido ese camino, si no hubiera tomado el opuesto, de absoluta sumisión a la iglesia ortodoxa.

Però todo cuanto la hermandad de los hombres ensaya en un sentido u otro, sirve de fundamento al sabio. Por eso, Goethe, lleno de clarividencia, recurre asimismo a este símbolo de la Biblia en el umbral de su vejez.

Lo hace naturalmente a su modo impersonalísimo, en una carta que dirige a su amigo Lavater.

“Quisiera —le confiesa— levantar hasta la mayor altura posible la cima de la pirámide de una existencia cuya base me ha sido proporcionada totalmente hecha”.

Y consciente de su tensión arrebatadora, concluye:

“No tengo derecho a detenerme. Ya mi edad avanza y tal vez el destino rompa mi vida en la mitad, dejando inconclusa la torre babilónica que estaba tan bravamente concebida”.

El ánimo inquieto no paraliza el esfuerzo del genio, pero sí la energía del hombre común, de generación en generación, como aparece magníficamente reflejado en el apólogo de Kafka sobre dicho tema.

Para el creador de *La metamorfosis*: “lo esencial de la empresa es el pensamiento de construir una torre que llegue al cielo. Lo demás es del todo secundario”, a su juicio.

“Ese pensamiento —afirma—, una vez comprendida su grandeza, es inolvidable”.

Y añade todavía este vaticinio: “mientras haya hombres en la tierra, habrá también el fuerte deseo de terminar la torre”.

O levantar otra, igualmente universal, dentro y fuera de cada idioma: Cervantes, Shakespeare, Montaigne . . .

*

* * *

Pese al número escaso de lectores de la Biblia en Hispano-América, también se han dado entre nosotros altos ensayistas y poetas, que no han repetido por boca de ganso el eco eclesiástico acerca de la confusión de las lenguas.

El primero en esto, como en todo, fué Sarmiento, acusado de inaugurar en Chile una Nueva Babel por su apego a los libros franceses e ingleses de su tiempo.

La revolución emancipadora se los había impuesto con sólidas razones y él hostilizaba la falange purista, heredera del miedo ultrapirenaico al galicismo, recordándole a su mentor, que no obstante ser Inglaterra el país más cosmopolita y sin conciencia para tomar palabras a los demás idiomas, *no había allí tal babel ni tal babilonia*.

Alberdi, el gran compañero de Sarmiento en el destierro y autor de las *Bases* que pusieron término al absolutismo de Rosas y demás caudillos de la Pampa, no fué menos explícito al respecto.

Fiel a su consigna de que gobernar es poblar, Alberdi dijo a los pueblos de nuestro continente:

“No temáis la confusión de razas y lenguas. De la Babel, del caos, saldrá un día, brillante y nítida, la nacionalidad sud-americana”. *

La experiencia neoyorquina enseñaría más tarde algo semejante a José Martí.

El apóstol cubano que fustiga en *Nuestra América* a los pensadores que “recalientan las razas de librería”, escribe al final de una de sus extraordinarias correspondencias periodísticas, estas palabras que anticipan una visión totalmente de ahora:

“Por el cielo están entrando los hombres: Babel es toda la tierra; sólo que ya no se confunden las lenguas”.

Esto que Martí observaba, jubiloso, en el Norte, anunciólo veinticinco años después, Rubén Darío, en el Sur. El excelso abanderado de un renacimiento poético intercontinental:

*Los mismos ruiñeños cantan los mismos trinos
y en diferentes lenguas es la misma canción,*

confirma de modo definitivo a su ilustre precursor, usando el mismo símil bíblógeno en el Canto a la Argentina de su propio triunfo: *Aquí se confunde el tropel /de los que a lo infinito tienden/ y se edifica la Babel/ en donde todos se comprenden.*

* Claro que no ha faltado en nuestros días un filósofo argentino de origen alemán, Alejandro Korn, que preguntara si ya no habíamos tenido bastante caos. Pero este ilustre vástago del 48 europeo gustaba escribir versos en el idioma de sus padres.

Rubén Darío era un poeta de torre de marfil; pero no ignoraba, como consta en uno de sus Prefacios, que tarde o temprano tendría que incorporarse a la gran columna de ideas en marcha.

Lo había hecho su maestro Walt Whitman cuando la guerra de secesión entre hombres de una misma raza y un mismo idioma, y lo harían sus mejores discípulos hispanoamericanos cuando los generales traidores a la segunda República ensangrentaron España con moros rubios y morenos.

¿Cabe, tras tanto testimonio irrecusable, alguna duda de que el verdadero lugar del escritor en nuestra época es la torre de Babel y no la torre de marfil? ¿Quién que se deliende hoy sólo con la pluma en la mano no es confundido y aventado por los pequeños dioses de los ejércitos? El hombre representativo, a la manera emersoniana, debe plantar su bandera en el caos para establecer, solo entre todos, sus propias señales y comunicaciones con los demás hombres. La leyenda de Babel no es exclusivamente hebrea. Se la encuentra en todos los continentes. *

No importa que tal empeño se llame hoy U. N. o N. U. También se llama Pen Club y comprende a la *Inteligencia* del mundo entero en el sentido ruso del vocablo, precisamente.

* Véase al respecto este notable texto de Alfonso Reyes en *La experiencia literaria*: "El problema de pasar de una lengua a otra, simbolizado en la confusión de Babel, ha impresionado a varios pueblos sin aparente contacto de mitologías o tradiciones. En América, uno de los siete gigantes salvados del Diluvio, Xelhúa, hizo la gran pirámide de Cholula con la idea de subir al cielo. Los dioses lo fulminaron, y, para mejor estorbar su empresa, confundieron las lenguas. Algo parecido se encuentra en el Thorus mongólico, India del Norte; y, según Livingstone, entre los africanos del lago Ngami. El mito estoniano del 'cocimiento de las lenguas' y la leyenda australiana sobre el origen de las diversas hablas reflejan la misma preocupación".

PRESENCIA DE HUDSON

TU CABALLO relinchaba despertando lo más escondido del cielo,
su galope como un gran río alzaba hasta el cielo el suelo;
más que a tu poncho, y casi como a nuestras mozas, lo quisiste
(igual que yo), y recordándolo, treinta años después, te ponías triste.

La inmensidad como un pájaro se te sentaba en el anca,
tú, en cualquier rama, digo rancho. Nunca usabas blanca.
Junto a una fogata de huesos, sobre una calavera de buey,
el alma lisa como cuchillo y aún más aquí de cualquier ley,
partiste la sal y la palabra con el gaucho: un nombre,
que era duro y tierno a la vez como una semilla: el hombre;
él que sólo se dió a la más hembra de las hembras, la guitarra,
y apresaba tierra con su alma, no con su garra,
y llevaba el sol en sus venas, no como nosotros,
y nunca obligó a su mente a encorvarse ante los otros.

Gaucho fuiste, no estanciero: sólo tu corazón,
pero todo, afincaste en lo más nuestro y te volviste su patrón.
Como un fruto todo el sol y el rocío de un verano,
así tu arte resume nuestra tierra, hermano:
tierra que sale a la luz como la daga de su vaina, cabal;
tierra empapada de cielo como la mar de sal.
(Aún pusiste tu alma en leguas amargas, más que el Mar Muerto,
y acampaste con las dunas extraviadas en el desierto).
Pampa, en cuyo perfil se quedan los otros haciendo mañas:
tú, por el enredo de sus huellas, llegaste a sus entrañas.
Cuando pasabas, el árbol te echaba su brazo al hombro;
cualquier insecto te nombraba mejor de lo que yo te nombro;
como brotados de tus yemas mirabas a cada uno de nuestros yuyos;
los altos ríos de pájaros eran afluentes tuyos.
(Nuestros pájaros están menos en los árboles y en el día
que en los ramajes sin otoño de tu poesía).

Aunque a veces, como golpe de viento sobre el río,
el misterio te asestó en la espalda su escalofrío,
husmeabas tú el secreto de las más púdicas maravillas:
la Naturaleza parecía a ratos sentada en tus rodillas.

Sufriste mucho, mas el dolor mostró a tu alma su alta huella
al modo que la sombra da pedestal a la estrella.
Y como el día se embarca en las últimas nubes que van al poniente,
un día te embarcaste, pero entre nosotros sigues presente.

S O B R E L O S I D I O M A S

Los idiomas invaden, resucitan, saltan de un continente a otro, rompen las barreras de siglos. Lenguas que parecen muertas surgen de pronto llenas de vitalidad. De pronto hay en el concurso de los desprevenidos un sujeto de oído fino que coge en el aire un soplo que viene de lejanos países, de épocas que parecían silenciadas por el tiempo inexorable. Y ese soplo adquiere la importancia de un mensaje que despierta inesperados estímulos. La misma circunstancia de la lejanía le da mayor encanto y atractivo. Como nadie es profeta en su tierra, las voces peregrinas llevan, pasando de un mundo al otro, un prestigio avasallador, una fuerza de simpatía que levanta corazones.

En los momentos de transformaciones más profundas que registra la historia —y más en la historia de la inteligencia— no ha sido raro el caso de que la iniciación en una lengua extraña tenga efectos revolucionarios. En los comienzos del Renacimiento llegan a Italia unos griegos que descubren a los inquietos hijos de Florencia los escondidos tesoros de la filosofía platónica. La pasión por el estudio del griego queda entonces trabajando como causa directa en el más activo proceso de renovación literaria, filosófica, artística de muchos siglos. Las academias de Florencia, Pisa, Roma, las cortes ilustradas del Papa, del duque de Milán, del rey de Nápoles, de los tiranos eruditos, son, en el siglo XV, academias de idiomas. Cuando Marcilio Ficino comenzó su traducción de los diálogos platónicos, y diálogo por diálogo los fué leyendo a Pedro de Médicis, el Médicis no pudo menos de pedirle que los leyese y comentase en públicas reuniones para que todos los ciudadanos se beneficiasen con tan prodigiosa obra del pensamiento griego. Así comenzó la más célebre y fecunda asociación académica de los tiempos modernos.

Otro caso es el prestigio de Erasmo que surge también de su conocimiento de las lenguas antiguas. Hay un momento de Europa en que nadie como él influye en la vida intelectual. Todos los estudiosos, y aun los humildes, ven en Erasmo al hombre que tiene poder para desatar la lengua de los muer-

tos, para hacer hablar a los hebreos, para dar vida a los contemporáneos de Cristo. A este hemisferio, que entonces apenas comenzaba a verse, llegó aquel Diego Méndez de la canoa, el compañero de Colón, con su pasión erasmista. Pedro de Mendoza fué a la fundación de Buenos Aires con un librito de Erasmo en el bolsillo. Fernando Colón, el hijo de don Cristóbal, iba a los Países Bajos a comprar un libro de Erasmo. Como Inglaterra y Alemania y Francia y Polonia seguían apasionadamente las lecciones del de Rotterdam, hubo la España erasmista y la reforma española. Y la España del cardenal Cisneros, la de la Biblia políglota, es una España que en una escuela de idiomas hace sus ejercicios espirituales.

De esos hechos nace para el mundo moderno el tema de las lenguas, del latín, como base de los estudios. Se ha comprobado que un idioma ensancha en tal forma los horizontes del hombre, aviva de tal suerte su curiosidad, que puede llegar a ser el más activo ingrediente en su formación intelectual. Es obvio que nosotros podemos estudiar a la China sin saber chino, que sabemos muchas cosas de Alemania sin saber alemán, y que a través de la geografía, los periódicos, los libros traducidos, el cinematógrafo, llegamos por caminos diversos a cierto conocimiento general del mundo. Pero en la lengua hay un elemento más vivo, humano, eficaz. Entra por el oído, nos hace sentir más cerca de quien habla si nos es posible entenderle. En la sola posibilidad de sostener un diálogo con una persona que viene de lejanos países, así las palabras del diálogo sean las más triviales, hay algo que produce íntima alegría, sensación de acercamiento que ningún otro medio de comunicación ofrece.

Las nuevas generaciones tienen el privilegio de iniciarse en los idiomas más pronto de lo que la suerte nos deparó a quienes ya nos movemos dentro de la segunda mitad de nuestras vidas. A nosotros nos ha tocado hacer esa cara de atolondrados que ponen quienes entienden a medias lo que escuchan, con mezcla de excesivo goce cada vez que atrapamos una expresión conocida.

Pero también no hay que olvidar que nosotros debemos algo de la independencia de las naciones hispanoamericanas al estudio de los idiomas. Esa revolución pudo estallar cuando Miranda logró entablar diálogos en francés o en inglés lo mismo en la Europa continental que en Inglaterra, cuando Nariño tradujo en Bogotá la declaración de los derechos del

hombre, cuando el señor España y otros conspiradores de la Guaira pudieron expandir las cosas que leían de la Enciclopedia, cuando un día llegó a Caracas una gaceta inglesa con las noticias de Bayona y los curiosos acudieron al joven Bello para que hiciera hablar en castellano el papel escrito en inglés, cuando Belgrano publicó en Buenos Aires su traducción de los principios de la ciencia económica, cuando en "La Abispa de Chilpancingo", escrita para perpetuar la memoria del primer congreso instalado allí por don José María Morelos, se pudo escribir: "No recurramos a Roma ni a Atenas para modelos de imitación: Washington, Franklin, Jefferson, Madison, Monroe, he aquí nuestros más acabados Typos". Y ya en Chilpancingo había quien leyese este idioma tan extraño que es el inglés.

Y así, cuando en la torre no se entienden entre sí los obreros, es la confusión de Babel. Cuando el diálogo es posible, se unen las experiencias más remotas, y se hace, de pedazos dispersos de la tierra estancada, un mundo que avanza.

Yo soy de quienes en el mundo se expresan en español. Es la lengua de mi pueblo, de mis padres, de mi mujer, de mis hijos. Es la única que, hasta donde puedo, estudio. En mi mesa siempre hay diccionarios: de español, de inglés, de italiano, de francés... De todos, el más gastado, el que muestra en sus páginas un uso más frecuente, es el español. Siendo el idioma en que me expreso, entiendo que es ahí adonde es más grande mi ignorancia, que necesito conocerlo mejor.

Pero he vivido casi una quinta parte de mi vida, o a lo menos más de una quinta parte de mis años de juventud y madurez, en países de habla inglesa, y si alguien me preguntase cuál es la circunstancia que ha ejercido mayor influencia para darme la idea que tengo del mundo, y aun para juzgar las situaciones ordinarias de la vida, no vacilaría en responder: la lengua inglesa. Por el español me he interesado en la historia de mi pueblo, y en español he leído a los míos. El español es la arquitectura en que se ha apoyado mi espíritu. Pero sólo vine a entender que el mundo era como lo vemos los de habla española, y también al contrario, que podía ser al revés de como piensan los sudamericanos o los españoles, cuando me inicié en la gramática inglesa y vi actuar a los hombres que la usan. Entonces comprendí que la humanidad está hecha de gentes que han de vivir en los mismos continentes y ser vecinos, teniendo los puntos de vista más encontrados.

Cuando un sudamericano está viendo la luz verde que quiere decir que está libre la vía y puede echar adelante, el norteamericano está viendo una luz roja que le dice: ¡pare! Son dos sujetos en que cada uno cree que el otro está sufriendo daltonismo. Sólo el reconocimiento de estas oposiciones, la aceptación humilde de que éste es un hecho impuesto por la naturaleza, puede conducir a la tolerancia, a la convivencia. Quienes piensan que la humanidad puede reducirse a una lengua, a un partido, a un estilo, a una cultura, son potencialmente genocidas.

Los pueblos toman forma en torno a una lengua para expresarse a su modo, a sus anchas, como su real gana lo quiere. Prezzolini, en su libro *The Legacy of Italy*, comienza por hacer una afirmación tan sorprendente como incontrovertible: Nosotros los italianos (es en síntesis su idea) no somos romanos, no descendemos del gran imperio romano, no vamos a otro imperio romano. La argumentación es obvia. De las instituciones romanas, del derecho romano, del imperio romano, del estilo romano, pueden encontrarse huellas más vivas en Francia, en España, Dios sabe si en la misma Inglaterra o en Alemania, que en la propia Italia. Del latín se hallan voces volantes en diez lenguas diversas. En la Edad Media se juntan en Italia longobardos y romanos, mahometanos y cristianos, griegos y latinos, que se mezclan, se enfamilian, se pelean, se reconcilian, hasta que de estos golpes y abrazos van saltando unas palabras nuevas, unas voces no oídas, que parecen poemas, interjecciones musicales: es el nuevo idioma hecho con materiales diversos, pero inflamado de un espíritu imprevisto. Ahí aflora la patria que estaba inédita, el milagro no presentado. Nace el italiano, y el italiano no es romano, no es imperial, no es la ley de las Pandectas: es la Italia viva, que cualquier día saltará en un surtidor de versos incomparables: en la Comedia Divina. Tendrá el humanismo italiano grandeza cuando los italianos descubran el latín de Cicerón como ampliación de su cultura, y tendrá decadencia cuando este descubrimiento vivo se trueque en la rutina de los repetidores convencionales.

Si eso ocurre en Italia ¡qué decir del español de hoy tan árabe, tan ibérico, tan judaico, tan latino, tan caribe, tan mexicano, tan quechua, tan guaraní, tan aymará, tan negro, tan blanco, tan canela, tan andaluz, tan chileno, tan portorriqueño, tan ecuatoriano, tan nuestro! Cada palabra es una

estampa. Desde el día en que se dijo *canoas* en español, un nuevo mundo fué metiéndose dentro de su vocabulario. Quién en los Estados Unidos quiera saber de este hemisferio, que aprenda español, nuestro español de América.

Si algún idioma tiene color, es el español. Encierra cosas de Europa, del Asia, del Africa, de América, en proporciones que otras lenguas no conocen. Y las ha apretado dentro de un estilo resuelto, inconfundible. Para mirar dentro de su propia vida, el indoespañol de América estudia su español. Para tomar contacto con lo externo hará como el maestro Antonio de Nebrija, autoridad venerada en Salamanca, que en la corte del gran maestro de la orden de Alcántara enseñaba humanidades entre teólogos dominicos, astrónomos hebreos y humanistas italianos. El mundo no es precisamente un mapa de países pintados por el color de sus gobiernos, sino un trompo de música, una esfera de lenguas. Una lengua es un pueblo que habla. Don Rufino Cuervo decía que para quien sólo ha visto su aldea y no ha oído hablar de comarcas situadas fuera del horizonte que alcanza a divisar, la patria no representa más que una corta parentela, un reducido círculo de conocidos apegados al terruño. Pero llega un momento para el hombre culto, agrega él, en que la patria no cabe dentro de las demarcaciones caprichosas de la nacionalidad. A la manera como nuestro corazón se siente ligado al suelo en donde nacimos, la razón, hermana gemela de la lengua nativa, nos hace compatriotas de cuantos en el mundo hablan nuestro propio idioma. Mejor que dentro de ficticios linderos, concluye don Rufino, las inteligencias se agrupan en torno a nombres como los de Cervantes, Shakespeare o Goethe.

Este es el sentido profundo y último del problema de las lenguas. Por eso son base de la educación. Habrá quienes piensen que la escuela ha de inclinarse hacia las matemáticas o las ciencias sociales, o consultar la vocación de quienes mañana pueden echar por el camino estrecho de una profesión. Pero como todos hemos de comunicarnos con nuestro pueblo y ser un poco compatriotas del mundo, es la lengua quien hace estos milagros. Ella enseña lo mismo por donde va el corazón de la patria, o al ancho mundo.

EN UN I.º DE MAYO

CUANDO Abraham Lincoln inauguraba en el campo de batalla de Gettysburg un cementerio destinado a los caídos en la guerra de secesión, manifestó el temor de que tanto él como los presentes no gozaran de la calidad necesaria para un acto consagratorio de tal naturaleza. Decía el Presidente de la Unión: "Nosotros no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este suelo. Estén vivos o muertos, los valientes que han luchado aquí lo han consagrado muy por encima de nuestro escaso poder de dar o quitar. El mundo apenas prestará oído a lo que aquí se diga ni lo grabará en su memoria; pero jamás olvidará lo que tales hombres hicieron. Antes bien, nos corresponde a nosotros, los vivos, consagrarnos a la obra incompleta que tan noblemente han impulsado los que aquí lucharon. Somos nosotros mismos los que debemos consagrarnos aquí a la tarea que tenemos por delante; la de acrecentar nuestra devoción, a ejemplo de aquellos muertos dignos de honra, por la causa en cuya defensa dieron la prueba suprema de abnegación; la de dar prendas solemnes de que aquellos muertos no habrán perecido en vano".

Por una de tantas ironías de la historia, los hombres recuerdan más las palabras del ilustre mandatario que los hechos y pensamientos de los héroes que las inspiraron. Se han escrito libros a montones sobre la célebre arenga. Un acucioso investigador ha contado sus palabras, 237, y ha podido comprobar que sólo 32, repetidas algunas, son de origen latino, mientras que todas las demás del texto arrancan del anglo-sajón. Pero si se quiere una prueba definitiva del olvido en que ha caído la obra de Lincoln, basta considerar la situación de la población negra en el continente africano dominado por los blancos y la falta de miramiento social de que goza la población de color en la propia patria del emancipador de los negros.

Hoy, como todos los años, conmemoramos hechos y palabras que, pese al escenario más restringido en que actuaron

quienes tal hicieron y dijeron, presentan una importancia no inferior a la del inmenso teatro de la guerra de secesión en que a la vez se rendían honores a los muertos, se definía y propugnaba un nuevo concepto de gobierno: el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. Aún más, la empresa en que perecieron los protagonistas del proceso de Chicago presenta un carácter de mayor universalidad que aquella guerra civil, pues en sus programas y en sus anhelos, resume todas las emancipaciones particulares y limitadas en la emancipación de los trabajadores y en la creación de una sociedad libre, libre no sólo en formas opresoras determinadas, sino de toda opresión, sin amos ni servidores, sin dirigentes ni dirigidos, sin gobernantes ni gobernados.

Por otra ironía de la historia, más cruel dada la mayor universalidad en este caso, la celebración del 1º de Mayo ha venido a parar en un derroche de fácil y abundosa elocuencia tribunicia. Se cumple con el deber de honrar las figuras de los mártires con discursos repletos de información en que se recuerdan todas las incidencias de la bomba, del proceso, de la ejecución de la sentencia, sin olvidar la más mínima palabra que profirieron los sentenciados ni la consabida señora de alcurnia que se prendó in articulo mortis de uno de los reos en capilla. Pero no se dedica ni un solo minuto a un análisis retrospectivo ni a un examen de conciencia para establecer en qué medida, cómo y cuándo, nos hemos consagrado a la tarea que la generación de aquellos mártires tenía por delante, a la cual dedicaron sus desvelos y que les deparó la ignominia de la horca. No nos detenemos un solo instante a considerar si nos hemos consagrado al deber de acrecentar nuestra devoción por la causa en cuya defensa dieron ellos también la prueba suprema de abnegación; al deber de dar prendas solemnes de que aquellos muertos que lucharon por una sociedad sin clases, sin gobierno y sin amos, tampoco han perecido en vano.

Hace años, eran los años de la depresión entre las dos guerras, deambulaba por las calles de Londres. Grupos de cesantes aparecían por todas partes. De a dos, de a tres o más, solían detenerse y tocar toda clase de instrumentos, hasta pianos portátiles. Los transeúntes se paraban, escuchaban ora distraídos o atentos, y entregaban su óbolo discretamente. Otros cesantes realizaban diversos actos de habilidad. Pero

entre todos descollaban los mineros galenses, que formaban grupos de doce a veinte hombres. Quitándose las gorras, a cabeza descubierta, entonaban himnos a tres o cuatro voces. La unción, la gravedad del semblante, el decoro de la persona entera, se ganaban la simpatía de los auditores ocasionales. En las gorras caían algunas monedas y el grupo reanudaba su marcha para dar otro espectáculo en la calle vecina. Me impresionó la escena, ésta y todas las que me tocó en suerte presenciar, cuyos actores eran los millares y millares de cesantes dispersos por la inmensa urbe neblinosa. Fué una lección de dignidad, pues jamás vi estirarse una mano sin que antes su dueño realizara un trabajo para esparcimiento del espectador. Lo que se daba no era ya la limosna que se arroja indiferente al pordiosero sino la remuneración justa de su servicio. Aprendí a respetar profundamente al proletariado inglés.

De todas las lecciones que recibí recuerdo una que no se borrará jamás de mi memoria. En una calle bastante céntrica, un hombre dibujaba con tiza de colores sobre el piso de una vereda espaciosa. Aparecían cuadros sencillos, una casita con jardín, paisajes diversos engendrados por la fantasía ingenua y la mano algo torpe de un mutilado de guerra y cesante a la vez. Pero lo que más me llamó la atención fueron tres o cuatro medallas alineadas a corta distancia del cuadro que podríamos llamar de fondo, copia fiel de las que había ganado el pintor improvisado, y como él muchos de su condición, por su comportamiento heroico durante la guerra. Debajo había escrito con su mejor letra: *How soon forgotten*, ¡Cuán pronto olvidadas! La protesta muda que encerraba este símbolo me impresionó de tal manera que, sobrecogido y como avergonzado, deposité algunas monedas junto a la medalla sin dar la cara. El hombre no dijo nada. Esbozó una leve sonrisa que realzó la compostura y distinción de su rostro sereno.

Corrieron los años. Cierta noche de julio de 1936, en pleno desierto, pegado a una radio, escuchaba estremecido las primeras noticias del alzamiento de los generales traidores. La guerra civil española fué primero un sueño de optimismo, que luego se trocó en una pesadilla. La tragedia llegó a su fin, con ese desenlace que nos dejó aniquilados y desesperados. Más tarde, las clases obreras del mundo y, en particular,

las de nuestra América que aún habla en español, y precisando más aún, la fracción obrera de nuestro país, más emparentada espiritual e ideológicamente con los que sobrellevaron lo peor de la lucha en Cataluña, fueron ganados poco a poco por cierta indiferencia. No es egoísmo, no es inconsciencia. Esa fracción se ha dejado absorber en exceso por problemas muy especiales de carácter local o simplemente por actividades gremialistas y de política legislativa de previsión. La indiferencia se ha traducido en una falta de solidaridad práctica y de colaboración con las fuerzas de resistencia dentro y fuera del suelo español. Miles de héroes anónimos han caído y siguen cayendo en esa lucha tenaz contra la tenebrosa coalición del clero y de los militares con los magnates industriales y los latifundistas, que sigue arruinando y ensangrentando a España.

Esta lucha es también la nuestra. Los militantes de la FAI, de la CNT, del POUM y muchos otros de filiación diversa, la están librando por nosotros. De ahí surge una doble obligación: la de corresponder al ejemplo y la de agradecer la iniciativa de quienes con dolor y sangre nos muestran y despejan el camino. Y es por eso que nuestra doble ingratitud me ha hecho evocar en más de una ocasión al mutilado de Londres.

Lo veo transfigurarse y adoptar los rasgos enérgicos y resueltos del agente de enlace que, burlando la vigilancia de los esbirros, trae y lleva su mensaje de aliento. El rostro se demuda y veo las huellas de las torturas infames que los verdugos del falangismo aplican a sus víctimas. Luego una segunda transfiguración relaja las facciones y el rostro adquiere la pálida transparencia de la muerte serena, de la muerte que se ha buscado para no dejar escapar el secreto. Y entonces veo escritas con letras rojas en las paredes, en la calle y en todas partes, las tres lúgubres palabras: *how soon forgotten*, ¡cuán pronto olvidadas!

Y esas acciones no merecen el olvido, como no las merece tampoco ninguna de las acciones que se combinaron en la obra de colectivización en Cataluña. Por dos razones poderosas. Primero, porque la revolución española en conjunto es inseparable de aquel primer intento de reorganizar la sociedad sobre bases enteramente nuevas. Por primera vez se trató de aplicar un criterio de crecimiento orgánico opuesto

al de una planificación burocrática. Pese a los errores cometidos, sobreestimados más bien por sectarismos estériles o mezquindades políticas, el experimento nos ha dejado experiencias preciosas. No han sido divulgadas como corresponde a su importancia. Hay sólo noticias fragmentarias en poder de algunos iniciados. Podrán complementarse con estudios teóricos sobre las líneas fundamentales de la producción y distribución comunistas como los ha iniciado el movimiento de los consejos obreros; tales estudios perderán su carácter especulativo y permitirán a la vez una apreciación más justa de la revolución española y de las tareas prácticas de la construcción socialista.

Este programa es de fundamental importancia, pues vivimos bajo el signo de la planificación, que atrae a su órbita sigilosa y paulatinamente a la economía entera de los pueblos y que los tecno-burócratas a sueldo se encargan de justificar. Si alguna lección nos dejan la planificación en Rusia y los primeros pasos en tal terreno en nuestro país, podemos condensarla en dos proposiciones: 1º Es más fácil explotar a los asalariados por métodos inflacionistas que deflacionistas; 2º La planificación se concibe y realiza mucho más en interés de los planificadores que de los planificados. De ahí que sea necesario desarrollar y profundizar a la luz de la experiencia española y de otras en menor escala, el concepto de crecimiento orgánico opuesto al de planificación.

La otra razón que aboga en favor de un interés humano más persistente y concentrado en las acciones de los militantes españoles fluye de las palabras de Lincoln que me sirvieron de preámbulo. Esos compañeros se han consagrado a una tarea: la de acrecentar su devoción —a ejemplo de aquellos muertos dignos de honra, caídos en Gettysburg, en la Comuna de París, en los cadalsos de Chicago— por la causa en cuya defensa dieron estos antepasados la prueba suprema de abnegación; la de dar prendas solemnes, sus propias vidas puras de revolucionarios abnegados, de que aquellos muertos no habrán perecido en vano. Han restablecido así la continuidad de una tradición interrumpida por dos guerras cruentas y el fracaso de la revolución rusa. Incorporarse a una tradición semejante, solidarizarse con el esfuerzo español, juramentarse con tal noble propósito, es la única forma hoy en día de conmemorar dignamente la gloriosa fecha del 1º de Mayo.

M A R X Y H E I N E

“si yo hubiera sido corresponsal periodístico en Roma —escribió Heine a su regreso a París, en el *Augsburger Zeitung*— no habría informado acerca del festín ofrecido al cuerpo diplomático de Roma por Agripa, sino acerca de los galileos arrojados a la hoguera...”

Heine estaba convencido de que la posteridad le quedaría reconocida por no haber hablado de las recepciones fastuosas de los embajadores acreditados en París y sí llamado la atención sobre la clase trabajadora y el comunismo naciente. Con frecuencia se dirigía al barrio Saint-Marceau, a visitar los talleres, discutir con los obreros; se hacía mostrar los libros y fascículos que leían: una nueva edición de los discursos de Robespierre, los panfletos de Marat, la historia de la Revolución de Cabet, la obra de Buonarotti sobre las ideas y la conspiración de Babeuf . . . Los trabajadores lo recibían con confianza, lo invitaban a tomar una copa en la taberna, algunos hasta lo llevaban a sus casas y le presentaban a la mujer y los niños.

Al poeta le conmovía la simplicidad familiar del obrero francés, su alegría, su buen sentido. Contrastaba agradablemente con la burguesía envilecida por el afán de lucro y el miedo al pueblo. Si la Francia burguesa estaba podrida, en sus trabajadores volvíase a encontrar la generosidad, el impulso, la esperanza. Para ellos la libertad no era sólo una fórmula, era una cuestión de justicia, de derecho al trabajo y al pan. “Quizá no esté lejano el día —escribió Heine— del fin de la comedia burguesa”.

—¿Cuántos son ustedes? pregunta un día el poeta a un joven obrero revolucionario.

—Numerosos, muy numerosos. Quizás cuatrocientos mil sólo en París.

Heine seguía con igual atención el desarrollo del movimiento obrero inglés; consideraba que la unión entre los *artistas*, que exigían el derecho de voto, y los proletarios que luchaban por el aumento de los salarios, era uno de los acon-

tecimientos más importantes de la época. Todo sucedió como él lo había predicho, un decenio antes, en el momento de la dispersión de los sansimonianos:

“La derrota de los utopistas no significa el fracaso del socialismo; al contrario, hace posible la profundización de la enseñanza por espíritus más lúcidos”.

“Es preciso, sobre todo, elaborar con cautela el lado económico de la teoría concerniente a la propiedad” — escribíale a Vernhagen.

Los cartistas ingleses, los blanquistas franceses, Louis Blanc, Leroux, que ligaban a las exigencias de la democracia política la idea de la revolución social, vale decir, las reivindicaciones de la clase obrera, introdujeron un considerable progreso en el domino teórico y práctico del socialismo. Debía, pues, surgir un pensador para sintetizar en un sistema filosófico e histórico las teorías fragmentarias de estos precursores. Heine no creía que un maestro capaz de tal síntesis pudiera venir de Inglaterra. Los ingleses, decía, proceden demasiado por inducción, se concentran en los hechos inmediatos, esforzándose en suplir las necesidades más urgentes; no tienen bastante imaginación para emprender una acción en su totalidad o en sus aspectos más remotos. “El movimiento obrero inglés se distingue justamente del de los franceses por el hecho de que este último está animado de ideas, en tanto que el primero lo estimula únicamente el hambre y la miseria”. Por otro lado, el espíritu francés, le parecía demasiado escéptico para crear el sistema capaz de fijar, por siglos, las leyes de la organización social y movilizar la voluntad y la fe de la *élite* humana.

Al mismo tiempo que Heine, algunos jóvenes filósofos y escritores alemanes como Moisés Hess, Carlos Marx, Federico Engels que, a principios de 1842, trabajaban en la redacción de la “Gaceta Renana”, de Colonia, seguían con simpatía e interés la literatura socialista y comunista de Francia e Inglaterra. Detalle curioso, el mismo *Augsburger Allgemeine Zeitung*, en que aparecieron los artículos de Heine sobre el movimiento obrero en Francia, acusaba en uno de sus números de octubre a los colaboradores de la “Gaceta Renana” de querer fundar en Alemania una organización comunista. Fué Carlos Marx quien respondió a este artículo: “Estamos firmemente convencidos —escribía el joven hegeliano—

que el verdadero peligro no está en querer poner en práctica las ideas comunistas. Este reside sobre todo en su elaboración teórica. A una tentativa práctica, aun si está basada en un movimiento de masa, se puede contestar con cañones . . . Por el contrario, las ideas que convencieron nuestra inteligencia y conquistaron nuestros sentimientos forman eslabones que no pueden sernos arrancados sin destrozarnos al mismo tiempo el corazón”.

El gobierno prusiano se apresuró a reconocer el peligro que constituía “la elaboración teórica” de las ideas comunistas y prohibió la “Gaceta Renana”. Esta prohibición no hizo más que confirmar a Marx en su decisión de consagrarse por entero a los problemas sociales.

El comunismo tal como fué presentado en *Icaria*, de Cabet y en las obras algo primitivas de Pecqueur, de Dezamy, de Weitling, no satisfacía el gusto del joven filósofo formado por Hegel. “El comunismo y la supresión de la propiedad privada no significan la misma cosa”, le escribía a su amigo Ruge, director de los Anales de Halle. “No es por azar —agregaba Marx— que el comunismo ha provocado una reacción que se ha manifestado en variadas teorías socialistas como las de Fourier, Proudhon, etc., pues ese comunismo no representaba más que uno de los aspectos del principio socialista, igual que este último no es más que uno de los aspectos de la realidad humana. Debemos ocuparnos también de la existencia teórica del hombre, de la religión, de la ciencia, etc.”

El pensador —que uno de sus amigos de la “Gaceta Renana”, Moisés Hess, presentaba en estos términos al escritor Auerbach: “Imagina a Rousseau, Holbach, Lessing, Heine y Hegel, fundidos en una sola persona y tendréis al Dr. Marx”— soñaba en una síntesis que englobara al hombre entero, en todos sus aspectos, explicara su pasado, fijara su porvenir, revelara el sentido de todas sus tendencias y todas sus esperanzas . . . Pensaba en una síntesis en la que a la crítica alemana de la religión —punto de partida, según Marx, de toda crítica de la sociedad— se juntaran las enseñanzas de la revolución política y social de Francia.

La idea de esta fusión teórica estaba en el aire. Otro hegeliano de “izquierda”, Feuerbach, publicó aquel mismo año sus famosas “Tesis”, que sus admiradores compararon,

con algún exceso, a las que Lutero fijó en las puertas de la Universidad de Witenberg. Feuerbach reclamaba la combinación del materialismo francés con el espiritualismo alemán. "El verdadero filósofo —decía— que se identifica con la vida, con el hombre, deberá tener ascendencia galogermánica". Moisés Hess era de la misma opinión. En un ensayo publicado en Suiza, en 1843, escribía: "Sin la igualdad absoluta, sin el comunismo francés de una parte y el ateísmo alemán de la otra, no se podrá alcanzar la libertad individual ni la verdadera igualdad social".

Una vez que el gobierno hubo prohibido la "Gaceta Renana" y los "Anales de Halle", el vocero científico de los jóvenes hegelianos de izquierda, el director de este último, Arnoldo Ruge, decidió lanzar en Francia una revista destinada a preconizar la cooperación del radicalismo filosófico alemán con la democracia francesa. Propuso a Marx compartir con él la dirección de tal órgano. Al principio pensaron instalarse en Estrasburgo, esa ciudad francoalemana en la que ya Calvino había encontrado refugio, donde Herder había iniciado a Goethe en el culto de las catedrales, la poesía popular y el universalismo. Pero en razón de dificultades técnicas, renunciaron a este proyecto y eligieron París, en la esperanza de que los casi ochenta mil obreros alemanes que allí vivían sostuvieran sus esfuerzos.

Carlos Marx llegó a París el 11 de noviembre de 1843 y se instaló en el número 38 de la rue Veneau. Algunos días después hizo una visita a Heine. Este recibió "al joven titán de cabello intrincado, de ojos brillantes" como a un viejo amigo. Había leído los artículos de Marx en la "Gaceta Renana" y sabía que se había puesto de su parte cuando su conflicto con Boerne. Marx era renano como él, había estudiado en la Universidad de Bonn como él y odiaba el espíritu prusiano y estimaba a Hegel tanto como él.

Marx fascinó a Heine con su lógica despiadada e incorruptible. Lo que él, el poeta, no había hecho más que presentir —el carácter revolucionario de la teoría dialéctica enseñada por Hegel— Marx, el filósofo, lo explicaba con método. El ideal, para él, no era una entidad preexistente, en el sentido platónico, sino la expresión de la voluntad inteligente del hombre social. Marx amaba la verdad no con terneza y timidez, sino con violencia y obsesión.

Además, al tanto de las contradicciones de Heine, Marx amaba en el poeta al precursor, una especie de San Juan Bautista de ese nuevo redentor, el Proletariado. Estimaba en él sobre todo al maestro inimitable de la prosa alemana, el polemista mordaz que había ensayado despertar al pueblo alemán de su obtusa somnolencia. Marx hizo las paces entre Heine y Ruge, que había tomado en otro tiempo el partido de Boerne. Obtuvo igualmente su colaboración para la revista que se proponían sacar juntos en París. Heine le dió tres poemas satíricos en los cuales se burlaba de Luis II de Baviera. Marx, por su parte hizo aparecer en el primer número de los "Anales Francoalemanes" dos de sus estudios capitales: uno sobre la cuestión judía y otro sobre la teoría hegeliana del derecho.

Los filósofos alemanes se habían equivocado al creer que podían ganar para su revista la colaboración de los escritores socialistas franceses. Louis Blanc, Considerant y otros rehusaron más o menos cortésmente su concurso, haciendo promesas que luego no cumplieron. Proudhon fué el único, que sin llegar a darles un artículo, se mostró al menos deseoso de conocer las tendencias y las ideas revolucionarias alemanas. Los demás no escuchaban sino con sonrisa escéptica las explicaciones de Hess, de Ruge, de Marx y de Carlos Grün, que sostenían la posibilidad de que la política francesa pudiera igualmente inspirarse en la filosofía hegeliana. Los consideraban unos curanderos deseosos de aplicar una panacea inútil para ellos mismos.

Los "Anales Francoalemanes" no vivieron mucho tiempo. El embajador de Prusia en París, von Arnim, se apresuró a advertir a su gobierno que había salido "una publicación subversiva". El primer número fué confiscado en la frontera prusiana y algunas semanas más tarde, en abril de 1844, el Ministro prusiano del Interior lanzó una orden de arresto contra los principales colaboradores de la revista: Ruge, Marx, Heine, Herwegh y Bernays. Heine, que cumpliendo una promesa hecha a su madre, se había dirigido a Hamburgo con su mujer, se vió obligado a emprender el viaje de regreso por la vía marítima a fin de no atravesar el territorio prusiano.

Después de la desaparición de los "Anales", Marx y sus amigos se agruparon alrededor del periódico *Vorwaerts*, que

fué publicado a principios de enero con la ayuda material del compositor Meyerbeer bajo la dirección de un hábil pero sospechoso periodista llamado Börnstein. El grupo de Marx consiguió eliminar de su puesto a Börnstein a partir del 1º de julio y reemplazarlo por Bernays.

En esta época Marx y Heine se veían a diario. Matilde no gustaba mucho del filósofo y se ausentaba cada vez que llegaba para reiniciar sus interminables discusiones. Heine iba también con frecuencia a devolverle sus visitas al departamentito que Marx ocupaba con su mujer y su hija. Jugaba con la niña. Y así revivía su propia infancia entre estas gentes pobres y entusiastas. Su escepticismo se atenuaba, dejándose ganar por la fe de Marx y de sus compañeros.

¡Oh, amigos! He de componeros un canto nuevo, un canto mejor, queremos fundar en la tierra el reino de los cielos. Queremos ser felices aquí abajo y no ser más unos indigentes; el vientre perezoso no debe devorar lo que ganan las manos laboriosas (GERMANIA, cuento de invierno).

El contacto con Marx fué muy estimulante para Heine. El, que poco antes, en la época de "Atta Troll", abogaba por la poesía libre y el "arte por el arte" se puso entonces a escribir numerosos *Zeitgedichte*, poesías circunstanciales que luego coleccionó en volumen bajo el título de *Neue Gedichte* (Nuevos poemas).

Federico Engels escribía en el diario radical inglés *The New Moral World*, en una especie de balance del movimiento comunista alemán:

"Henri Heine, the most eminent of all living German Poets, has joined our ranks, and published a volume of political poetry, which contains also some pieces preaching Socialism".

Sus "Tejedores" aparecidos en el *Vorwaerts*, el 10 de julio de 1844, fueron escritos bajo la instigación de Marx en ocasión de la revuelta de los tejedores de Silesia. Esta insurrección marca el comienzo del movimiento obrero alemán. Aun hoy, gracias a este poema, convertido en canto revolucionario, Heine vive en el corazón de los obreros alemanes socialistas y comunistas.

Los colaboradores de *Vorwaerts*, que se reunían todos los días en las oficinas llenas de humo de la redacción ubi-

cés de relaciones exteriores, en la que figuraba Heine, así como la noticia de la extraña "conversión" del moribundo, que provoca en Proudhon una verdadera explosión de cólera,* es acogida por Marx y Engels con una mezcla de decepcionado estupor y de piedad indulgente. Pero Heine no cesó nunca de pensar en sus amigos e insistía con frecuencia en su fe acerca de la victoria comunista.

* Tal vez no carezca de interés citar los pasajes de *La Justice et la Revolution* relativos a la conversión de Heine a la idea de un Dios personificado.

Un homme s'est vu, de nos jours, comblé par la nature, la fortune et la célébrité, mais type d'egotisme et d'orgueil, deshonorer ses derniers instants par une defection comme en compte peu dans la philosophie. Cet homme est Henri Heine . . .

Après avoir longtemps courtsié la Revolution, caressé la démocratie, savouré la popularité, chanté l'atheisme et le plaisir, devenu cul-de-jatte, n'ayant au coeur ni foi, ni amour, sans communion ni avec la société, il se fait deïste, il revient, dit-il, au sentiment religieux . . .

Y Proudhon cita contra este ejemplo de *fille repentante*, el de Dantón cuya muerte sí fué digna de un revolucionario. Ni qué decir que Proudhon no ha comprendido la conversión de Heine ni el hecho de que a pesar de sus "nuevas ideas religiosas", el poeta siguió ligado hasta sus últimos días al librepensamiento y a sus sentimientos revolucionarios.

DIFTERIA EN EL RANCHO

LA SERENIDAD de la tarde se había enturbiado. El aire se había vuelto algo pegajoso. Aún no se percibía ningún signo, pero se presentía en el ambiente. Hasta la luz había cambiado, se hacía más densa, pulverizada y diluida. Era un cambio que se captaba vagamente, con algún sentido ya atrofiado, pero que los pájaros, que se movían desasosegados, tenían todavía bien despierto.

El capataz previno que había llegado el momento, esperado de tiempo atrás, de iniciar el corte de la madera. Se estuvo mirando a lo alto, hacia el sur; y luego, sin decir palabra, fué hacia el embarcadero, desató la canoa y se fué remando por el arroyo, aguas arriba.

Mientras repechaba la corriente cayó la noche. Por momentos, los árboles se iban convirtiendo en masas oscuras. Sobre la superficie del agua empezaron a vagar los trozos de neblina helada, espectros que se deshilachaban en tenues algodones. En los recodos, en los ángulos en sombra, nieblas dispersas se reunían y apretujaban para formar copos flotantes. Ya nada se distinguía, salvo el golpe de los remos en el agua.

Quince cuadras arriba quedaba el rancho del mensual, allí donde el arroyo formaba una horqueta. El capataz le daría la orden, que la peonada esperaba desde días atrás, para cuando el tiempo cambiase. El mensual, a su vez, debía transmitir la orden a sus compañeros, al otro lado del monte, junto al río. De este modo, los seis hombres se encontrarían al amanecer en el sitio indicado para el corte, con orden de llevar las canoas en cuanto el agua subiese.

El rancho estaba situado en un recodo, frente a una antigua zanja obstruida por troncos y desperdicios. Un espacio triangular, limpio de yuyos, contenía la casa, el gallinero, el parral y algunos frutales. A pocos metros comenzaba el monte y el pajonal bravío.

El arroyo estaba bajo. El capataz llegó hasta el embarcadero, subió por la escalerilla de troncos y golpeó con las manos. En una pieza del rancho había luz. Salieron los perros a ladrar, luego dos o tres chiquillos, y por último un hombre.

—La luna viene con agua, dijo el capataz, después de saludar.

—Ajá, dijo el hombre, mirando al cielo y haciendo visera con la mano. Parece que vamos a tener mal tiempo.

—Mañana cortamos, entonces. Avise a los demás.

Cruzaron algunas palabras sueltas. Luego hubo un instante de silencio y el capataz se despidió. En la última claridad del arroyo se le vió perderse en la sombra con su canoa, remando con fuerza. Sólo se oyó, cada vez más lejano, el murmullo del agua.

El hombre del rancho se calzó las botas, encendió un farol de mano y salió del rancho. Dió vuelta por uno de los costados y se perdió entre los árboles en la noche ya densa. Uno de los perros lo acompañaba. Por entre el monte podían verse, cada vez más lejanos, los reflejos intermitentes del farol.

Cerca de una hora quedó el rancho sólo con la mujer y los chicos. Una lámpara iluminaba la pieza con luz fuliginosa, y en la cocina habían prendido un farol colgante. En la habitación, de paredes de cal sucia y desconchada, había una vieja cama de hierro.

Sobre la cama yacía la chica. Estaba desgredada, con la cara reluciente de fiebre y abotagada entre las almohadas arrugadas. Una pañoleta de lana le rodeaba el cuello hinchado. Respiraba con dificultad, con inspiraciones rápidas y entrecortadas.

Los otros chicos entraban y salían de la habitación sin hacer ruido. En la cocina, pared por medio, se oía a la mujer destapar ollas, remover utensilios, hacer ruido de platos y cubiertos.

Era noche cerrada cuando el hombre regresó de su comisión. Apagó el farol, se quitó las botas y entró a la pieza de la enferma. Se sentó en una silla, mirándola en silencio.

Era la mayorcita. Ya iba a la escuela, distante media legua arroyo arriba, y eso cuando se podía, cuando no había crecienta. Ayudaba a la madre en los quehaceres; se la podía dejar cuidando los hermanos y atendiendo la olla del puchero. Hacía mandados, picaba leña, sabía dar de comer a los pollos y arreglar las piezas.

Ahora yacía en la cama en desorden. Respiraba trabajosamente, la cara encendida y sudorosa por la fiebre. Se habían intentado todos los remedios caseros, pero la fiebre no cedía, ni el dolor agudo en la garganta.

El hombre tenía que salir de madrugada al cuadro del corte. Nada más que hacha y sierra, y la canoa por la zanja cuando el agua lo permitiese. Precisamente había afilado el hacha, dos días antes. Ahora cortaba. Estaba debajo de la casa cruzada en una viga para que los chicos no alcanzaran el filo reluciente.

La enferma pidió un poco de agua. El hombre se levantó pesadamente y le alcanzó un vaso. La niña levantó a medias la cabeza, con el pelo pegado sobre la frente y mojó los labios. Volvió a dejarse caer sobre la almohada.

La mujer llamó desde la cocina, para cenar. Afuera había una obscuridad profunda; sólo por el oriente despuntaba una claridad cerúlea, turbia, que anunciaba la luna.

La enfermita quedó sola. De la habitación contigua llegaron conversaciones en voz baja, ruidos de platos y de sillas. Por momentos los ruidos se alejaban, se perdían en la noche, en el susurro de la brisa entre los árboles; pero luego volvían, cada vez más intensos hasta hacerse atronadores; o era la luz de la lámpara que se achicaba hasta apagarse o se hacía cada vez más intensa, como si fuera a incendiar el rancho; y bichos negros y viscosos salían de todas partes, y sombras aterradoras bajaban por las paredes y reptaban por el suelo, queriendo subir a la cama. Entonces la enfermita cerraba los ojos de miedo, y sentía como si todas esas cosas estuviesen junto a ella, rozándole la cara con sus tentáculos inmundos.

Luego entraron todos a acostarse. Desataron un jergón para las criaturas y las taparon con frazadas viejas. Los padres se acomodaron en un camastro pintado, que crujía con fuerza en cuanto un cuerpo se revolvía. Antes de apagar, la madre se inclinó dos o tres veces sobre la niña; le secó el sudor e intentó hacerle tomar unos tragos de remedio. Luego la tapó con cuidado y se acostó. Todo quedó en silencio; los perros dormían debajo del rancho.

Era todavía noche cuando el hombre se levantó. Encendió el farol, fué a la cocina e hizo fuego. Luego empezó a cebarse mate.

Afuera, el alba comenzaba a teñir el aire con colores tenues y transparentes. Una niebla perezosa se detenía sobre el arroyo. Los árboles, densas sombras oscuras, se iban destacando con dureza sobre el cielo cada vez más diáfano. El resto

de luna sanguinolenta desaparecía en un rincón del horizonte, en un claro entre los árboles.

Había en el ambiente una extraña quietud. Una que otra gallina bajaba de los árboles con alharaca de plumas; y un pájaro madrugador cantaba en la húmeda espesura del monte. Se oía también, muy a lo lejos, el zumbido de un motor de lancha.

El hombre calzó las botas y fué a buscar sus enseres. La mujer le alcanzó algunas provisiones y una botella de vino.

Se asomó a ver la enferma. Esta continuaba en el mismo estado: pulso febril, cara ardorosa, sueño entrecortado con movimientos nerviosos. La tumefacción del cuello no cedía; más bien parecía que iba en aumento.

Miró un rato a la mujer, titubeando entre irse y quedarse, pero se decidió por fin. Se puso el hacha al hombro, tomó la sierra y partió rumbo al monte. La hierba mojada por el rocío le empapaba las botas, salpicándole hasta la cara con sus gotas heladas.

Siguió el camino como unos trescientos metros costeano la zanja en dirección al monte; luego tuvo que internarse entre los árboles, ocho cuabras adentro, abriéndose paso entre la maleza.

Cuando llegó al punto señalado, ya estaban allí algunos compañeros. Habían hecho fuego, y el run-run del agua en la pava se oía de lejos, en el silencio del bosque.

Luego eligieron los árboles para empezar el corte. Primeramente tumbarían los que estaban junto a la zanja, e irían internándose a medida que se ensanchara el claro. En el primer repunte, quizás ese mismo día a juzgar por el tiempo, traerían las canoas para cargar los trozos. Ahora, con las aguas bajas, la zanja era una simple hendidura que se perdía entre el yuyal crecido a la altura de un hombre.

Ya había amanecido. La arboleda espesa no dejaba ver el sol aún, pero las puntas de los álamos estaban manchadas de rosa, de un rosa tierno y húmedo, mientras los troncos permanecían en la penumbra, relucientes por el rocío de la noche.

Uno de los hombres llegó al pie de un árbol; midió con la mirada el sitio donde caería y calculó la dirección del corte. Luego se escupió las palmas de las manos y alzó el hacha. Un segundo brilló la hoja en la luz del amanecer y luego, con un ruido seco y blando, que repercutió a lo lejos, se hundió en la carne blanca del árbol.

Hizo un corte en V, que se fué ensanchando a cada golpe. El árbol se sacudía, bruscamente despertado de su sueño vegetal. Las hojitas se agitaban temblorosas, reflejando una luz rosada que todavía no llegaba hasta los hombres. Mientras tanto, la herida del tronco se iba abriendo y en la pulpa blanquecina se alcanzaban a ver las oscuras vetas del corazón del árbol. Dió éste dos o tres sacudidas, se inclinó hacia un costado y luego, con un largo crujido, se acostó pesadamente en el suelo.

Resonó el monte con la caída. Ahora el árbol era una masa de ramas verdinegras en el suelo, y por el hueco dejado en el follaje se filtraba una maravillosa luz rosada.

Habían desaparecido las estrellas. Todo brillaba hasta lo hondo del bosque. Una extraña luz total, sin sombras, bañaba las cosas. Era un amanecer radiante, de tintas de plata y rosa inverosímiles.

Unos sobre otros se fueron acostando los álamos. Las hojas de los ya cortados se amortiguaban un poco, ligeramente dobladas hacia los bordes, pero cada hojita era todavía un pequeño reflector de la luz del cielo, y la masa oscura se llenaba de temblorosos espejuelos.

Fué entonces cuando llegó la primera ráfaga de viento del sur. Vino de golpe, sin transición alguna. Unos segundos antes se oyó el ruido del viento en el monte, a lo lejos; un rumor confuso, difícil de precisar, que se fué acercando paulatinamente, hasta que el bosque entero se curvó bajo las ráfagas.

El viento pareció luego declinar un instante; sobrevino una pequeña tregua de calma, pero a lo lejos seguía resonando el monte azotado por las ráfagas, y de nuevo los árboles se curvaron, alocándose las ramas. Ahora el viento soplaba con mayor violencia.

—¡Sudestada! gritó el capataz. Vamos a tener el agua alta. Hay que aprovechar para traer las canoas.

El trabajo de los leñadores se hizo febril. Cada hombre recorría, hacha en mano, los troncos recién derribados y les podaba las ramas; sobresalía sobre la ramazón el tronco mutilado, lleno de heridas y amputaciones, ocupando un largo espacio en el suelo. Luego otros hombres venían, median y se ponían a serrar los troncos.

Trabajaron sin descanso hasta la hora del almuerzo. El viento soplaba cada vez con mayor violencia. Las primeras

nubes pasaron velozmente, bajas y desflecadas, rasando casi la punta de los árboles.

El cielo entero se movía en una sola dirección, en forma atropellada. Crujían los árboles chocando entre sí bajo los latigazos del viento, y sacudiendo sus ramas desmelenadas. El bosque aullaba, silbaba, atronaba con ruidos fortísimos, confusos, que nadie podía saber de dónde provenían.

Pasado el mediodía se dispersaron. Se vió al hombre alejarse por la senda que orilleaba la zanja, hasta perderse en el torbellino de la tormenta. Llegó al rancho, siempre escoltado por el perro. Antes de entrar, miró en derredor. En pocas horas más, todo aquello estaría cubierto por el agua; y empezó a subir las cosas que estaban en el patio.

Cuando el hombre subió al rancho, se encontró con la mujer, que tenía la enferma en brazos. La fiebre le arrebolaba la carita, reluciente y sucia. Los ojillos le brillaban como bañados en aceite. La madre la abanicaba con un trozo de cartón; alrededor suyo se movían los otros chicos, andando por la pieza de aquí para allá.

El hombre comprendió entonces que la chica estaba grave. Largó el hacha y la sierra junto a la puerta, levantó la enfermita quitándola del regazo de la mujer, y la estuvo mirando largo rato, con la cara pegada a la suya. Después la llevó despacio hasta la cama y la acostó con cuidado.

Había que llevarla a tierra —a tierra firme— cuanto antes. Había una hora de tiempo antes que la lancha de la carrera pasase por el río; pero el camino hasta la boca del arroyo era largo. No había que perder un minuto.

Imposible hacerlo por agua. El arroyo empezaba ya a crecer. El agua obscura, fría, que habitualmente bajaba por el cauce se había convertido en torrente, en sentido contrario, isla adentro. Un agua sucia, revuelta, venía haciendo grumos en la superficie, lamiendo los palos, entrando por las zanjas y desapareciendo entre el yuyal. Era inútil querer ir contra la correntada a fuerza de remos. Se hubieran agotado a los pocos metros.

En un instante, el hombre se decidió. Llevarían la chica en brazos hasta la costa del Guazú, a esperar la lancha cuando pasase.

Sacó del baúl su traje de los domingos; se puso los botines; quedó en camiseta y se lavó las manos y la cara en el balde. Mientras tanto, la mujer cambiaba también de ropa, se

ponía un vestido obscuro y se cubría la cabeza con un pañuelo.

Luego envolvieron a la niña en pañolones gruesos, y el hombre la cargó. Era pesada, y se le deslizaba entre los brazos, que no la podían sujetar por las ropas que la ceñían. Con un paño tejido le cubrió el rostro para protegerla del viento.

El hombre buscó en todos sus bolsillos, en los cajones de la cómoda; reunió algunos pesos y se los guardó. Luego emprendieron la marcha. Los chicos quedaron en el rancho, solos, con recomendación de no bajar.

En las márgenes del arroyo, el viento, más libre, sacudía violentamente los árboles. Las ráfagas rizaban la superficie con un moaré fugaz, o levantaban pequeñas olitas contra la corriente. Por el cauce se atropellaba ahora un agua grumosa y oscura.

La mujer lo seguía a corta distancia, luchando también contra las ráfagas. Llegaría hasta la desembocadura del arroyo y luego se volvería con las mantas a cuidar los chicos que habían quedado solos.

El viento, huracanado ahora, parecía por momentos deshacer el monte. Nubes rasantes, algodonosas, corrían con rapidez por el cielo, dando la impresión de que el mundo entero se precipitaba hacia el horizonte. Ruidos, golpes, fragores lejanos, todo resonaba amplificado por el eco de la selva hasta formar un estruendo ensordecedor, de una violencia indescriptible. A veces el viento daba la impresión del agua, de un pesado aguacero que azotase los árboles, que parecían quebrarse de un momento para otro.

Las zanjas se habían convertido en pequeñas torrenteras, donde el agua se metía a través de los yuyos altos, doblegándolos y haciéndolos cimbrar. Comenzaba ya a desbordar por los bajíos. Hilillos de agua barrosa corrían a perderse entre la maleza, más alta que un hombre. Era un agua tibia, traicionera, que no dejaba ver los pozos en el suelo anegado.

El hombre caminó unas cuadras con la chica a cuestas. Luego se detuvo a descansar porque el peso lo sofocaba. Se quitó el sombrero, dejando ver la frente sudorosa, con el pelo pegado; jadeaba. Entonces la mujer se le acercó y cargó ella la niña. Dieron algunos pasos, tambaleándose. Perdió pie en un charco y estuvieron a punto de caerse.

El hombre ya había recobrado aliento y volvió a cargar la enferma. Esta iba como adormecida, con la abotagada carita

al viento y su respiración fatigosa, sibilante. Hasta ahora el hombre la había llevado en brazos, tratando de sacudirla lo menos posible. Tuvieron que detenerse una segunda vez. El hombre apenas tenía fuerzas para continuar, pero había que llegar a tiempo. Levantó la enferma y se la echó al hombro. La cabecita le daba en la espalda, y se movía a cada paso; pero así, por lo menos, el cansancio de los brazos se le hacía tolerable y podían adelantar camino. A través de la ropa le llegaba el calor estremecido del cuerpo de la niña, y en su oído sonaba, apenas perceptible, el ronquido que salía de la boquita entreabierta.

Por suerte, la lancha no había dejado oír todavía su cocina, como acostumbraba hacer, en la otra orilla del río, antes de cruzarlo. En la boca del arroyo había un almacén y allí esperarían hasta que llegase el momento de embarcarse.

El agua cubría ya totalmente el camino. Se podía seguir, sin embargo, porque en la huella no había yuyos. El hombre delante y la mujer siguiéndole a pocos pasos de distancia metían los pies en el agua fangosa, salpicándose a cada tranco. El camino se les hacía cada vez más difícil. El arroyo comenzaba a rebalsar su cauce, y en oleadas redondas se metía hacia adentro, doblgando el yuyal.

Por fin percibieron la casa, a través de los árboles curvados. Era una construcción sencilla, de material; varias piezas circundadas por una galería. Más allá de la casa y los árboles del patio, se entreveía el Guazú y su inmensa masa de agua.

Pero el río, habitualmente una sábana de agua, o apenas surcado por pequeñas olitas, era ahora un mar embravecido. Olas enormes, espumosas, corrían bajo el temporal y se estrellaban contra la costa y el muelle de la casa, produciendo un hervidero sucio. Venían con una furia tremenda, empujadas por el viento que les deshilachaba las crestas, y se desplomaban rugiendo contra todo obstáculo. Toda la superficie del río, hasta donde la vista podía alcanzar, no era más que una interminable sucesión de valles y cordilleras de agua oscura, que entrechocaban y se deshacían. Caían en masas de espuma, golpeando todo lo que encontraban a su paso, y retrocediendo en torbellinos hirvientes.

El arroyo, ya desbordado en su desembocadura, se volvía río a su vez. El agua se escurría vertiginosamente entre los troncos, que ahora parecían surgir del lecho mismo del arro-

yo. Las olas turbulentas se metían por el cauce e iban a morir muy adentro, entre los sucios remolinos de la corriente.

Apareció un hombre en la galería y se quedó mirando a las dos personas que llegaban chapoteando por el agua. Subieron a la galería y hablaron algunas palabras con él. El hombre los acompañó hasta una habitación. El padre dejó la chica en brazos de la mujer, y luego fué hacia el muelle.

Faltaban pocos centímetros para que toda la estructura de madera quedara sumergida. Alguna que otra ola, más alta que las otras, ya lo cubría con lamida aceitosa.

Hasta donde podía verse, el horizonte no era más que un levantarse y hundirse el oleaje, un bramido constante del agua y el viento trabados en lucha. Era muy difícil que embarcación alguna se aventurase a cruzar el río.

El hombre miró a lo lejos con angustia. La furia del temporal no le permitía ver la otra costa, perdida tras las ráfagas. Sólo la carrera desenfrenada de las olas, el rugido del viento y los terribles golpes del agua contra la costa.

Cuando el hombre quiso volver hacia la casa, ya el agua le había interceptado el camino. Siguió la huella de ladrillos, que emergía aquí y allá entre los charcos. Subió a la galería y penetró en la habitación donde estaba la chica.

La enfermita yacía en una cama, en uno de los ángulos de la habitación. Respiraba con mayor dificultad cada vez. La mujer, sentada junto a ella, la abanicaba y le pasaba por la cara un pañuelo oscuro.

Cuando el hombre entró, la mujer alzó hacia él sus ojos suplicantes. Había llegado el momento de irse. Su mirada vacilaba entre la enferma, sobre la cama, y el hombre, en mitad del cuarto. No se decidía. Comenzó a llorar. El hombre se inclinó sobre la chica y le puso la mano en la frente. Bajo la palma rugosa y dura sintió la piel quemante, húmeda. Luego le tocó suavemente la garganta. La niña hizo un movimiento y se llevó las manos a la boca. La mujer se enjugó los ojos y se cubrió con una pañoleta. Fué hacia la cama y se abrazó a la niña; estuvo un rato inmóvil. El hombre se paseaba con impaciencia por el cuarto; iba hacia la puerta y se volvía. Por fin dijo:

—Si demorás más tiempo no vas a poder pasar.

La mujer entonces se desprendió. Caminó con paso inseguro y salió a la galería. El hombre la acompañaba. En la galería chocaron de golpe con el viento frío, que les revolvió

las ropas. Llegaron hasta la escalera, pero se dieron cuenta que era imposible volver al rancho por el camino. Los charcos se habían unido, y una inmensa sábana barrota cubría la isla, de la que emergían los troncos de los árboles. Las olas pasaban sin obstáculo y se perdían a lo lejos, en la maleza, con ruido de mar. Era imposible que una persona, por bien que conociera el camino, pudiese llegar por tierra hasta el rancho.

No había más remedio que quedarse, por lo menos hasta que llegara la lancha. Luego ella pediría una canoa y llegaría hasta su casa; o mejor sería conseguir que alguien del almacén hiciera el favor de llegarse hasta el rancho y se encargara de los chicos antes de que anocheciera.

El hombre fué al negocio a hablar con el almacenero. Convinieron en que el peón acompañara a la mujer hasta el rancho, en la canoa. El hombre se quedaría a esperar la lancha y luego le mandaría avisar, para que ella viniera. Ya se turnarían en alguna forma para cuidar los chicos. Por lo pronto, ella tenía que irse para que no quedaran solos.

El peón se arremangó; fué hacia el embarcadero de atrás, sacó la canoa, desató los remos y se acercó a la escalerilla de la casa. El bote maniobraba sobre la tierra inundada.

La mujer se acercó una vez más a la cama de la enferma. Estuvo mirándola un rato largo, secándole el rostro con el pañuelo; luego se inclinó para besarla. Al incorporarse, tenía los ojos llenos de lágrimas. La enferma no hizo gesto alguno, como si no se diera cuenta de nada.

La mujer se demoraba junto a la cama, con la mano de la chica entre las suyas, sin animarse a salir.

—Vamos, dijo el hombre, asomándose a la habitación—. Vamos, que se hace tarde.

La mujer arregló una vez más la cama, se inclinó y se quedó así, sobre la enferma. El hombre, con suave presión, la levantó, la retiró de allí y la acompañó por el corredor. Nuevamente el viento los envolvió, haciéndolos trastabillar. Sujetándose mutuamente fueron hacia la escalerilla de atrás, donde el peón esperaba con la canoa, aguantándose del oleaje. La mujer subió a la embarcación; el peón armó los remos, hizo algunas remadas vigorosas, alejándose rápidamente. El isleño hizo adiós con la mano, que la mujer apenas contestó, con la cara llorosa.

Entre los grumos circulares de la corriente, que penetraba tumultuosamente por el cauce desbordado, se perdieron a lo lejos.

El hombre quedó un rato mirándolos, por si les pasaba algo. Luego volvió a la habitación. Dió un vistazo hacia adentro, vió que todo estaba igual y volvió a su puesto de vigía, en el extremo de la galería.

Estuvo largo tiempo mirando el río. La situación no había cambiado; el mismo viento, el mismo ruido, las mismas hondonadas y crestas de agua, más sombrías y de color azulado.

Caminó un instante a lo largo de la casa y luego volvió sobre sus pasos, entrando a la pieza. La niña respiraba ahora con un ligero quejido. Hacía dos o tres inspiraciones rápidas y luego se detenía, como si no fuese a respirar más. El hombre la incorporó algo, la rodeó con sus brazos, trató de abanicarla y de acercarle el vaso a la boca. La niña volvió entonces a su respiración entrecortada. Por entre los labios resecos, cortados, exhalaba un aliento fétido.

—Agua— dijo débilmente. El hombre trató nuevamente de hacerle tomar un tragó, pero todo fué inútil. Cualquier movimiento le producía un dolor insufrible.

El hombre acostó de nuevo a la enferma, con un gesto de desaliento. Se lanzó después fuera de la pieza y quiso ir hacia el embarcadero; de allí divisaría mejor el río, y quizá la lancha no estuviese lejos. Podría hacérsele señas con una bandera, o con un trapo.

Pero del muelle sólo quedaban visibles las partes salientes de las barandillas; y aislado, como un faro, el surtidor de nafta. El camino, la isla entera, formaban ahora parte del río, y las olas, al pasar de través, se quebraban con violencia salpicando espumas y agua barrosa.

Se estuvo mirando como hipnotizado el movimiento del agua, cuando, entre el vasto clamor del viento, muy a lo lejos, se escuchó la bocina de la lancha. Salió corriendo por la galería y penetró en el negocio. Pidió al almacenero la bandera blanca, señal para que la lancha amarrara en el muelle. Luego se descalzó, penetró en el agua a media pantorrilla y a tientas entró en el embarcadero. Consiguió llegar a uno de los postes y ató la bandera. La rodeó con alambres para asegurarla e impedir que se ladeara. Para ello debió meter varias veces los brazos en el agua, mojándose la ropa.

El viento sacudía la bandera con violencia. El hombre la movió, para ver si estaba firme y luego volvió a la casa. Dobló por la galería y entró a la pieza.

—La lancha, dijo rápidamente. Ya está la lancha, repitió, como si alguien pudiera oírlo.

El cuadro era el mismo. La niña seguía respirando con dificultad. Entre los labios entreabiertos aparecía un poco de saliva con sangre. Tomándola con cuidado, levantó el cuerpecito blando y caliente de la niña, lo envolvió con una de las mantas de la cama y le tapó la cara, para que el viento no le hiciera daño. Después la cargó con los dos brazos y salió con ella a la galería que daba hacia el río. El almacenero iba a su lado, protegiendo a la enferma con una colcha. Formaban ahora un grupo apretado, en lo alto del pasadizo, cara al viento que les golpeaba furiosamente las ropas, mirando con ansia la furia revuelta del agua.

Nada se veía, ni cerca ni lejos. El sol se acostaba, y la masa de las olas se teñía de sombras y de súbitas iluminaciones doradas. Aguzaban el oído, sin hablarse, bebiéndose los ruidos del temporal para desentrañar entre ellos la presencia del barco.

Al cabo de un instante de espera, la lancha volvió a tocar, siempre lejos. Todos la oyeron nítidamente, entre el fragor del viento y el agua.

—¡La lancha! exclamaron al mismo tiempo. Estaba por salir de un arroyo que quedaba en la orilla opuesta, ahora invisible.

El hombre, con la niña en los brazos, y el otro con la tela haciendo de pantalla, en compacto grupo para defenderse del viento, estuvieron inmóviles un instante, aguzando el oído, sin hablarse. Buscaban entre los ruidos lejanos algún rumor que les diera indicio de la embarcación. Pero el fragor lo dominaba todo, con el choque acompasado de las olas contra la empalizada.

Largo rato estuvieron así, inmóviles. El tiempo transcurría interminable, sin que el viento les diera tregua. Al cabo, comprendió el hombre que la lancha se quedaba del otro lado del río, sin atreverse a cruzarlo. Las olas imponentes, profundas, se elevaban cada vez más amenazadoras. El agua se teñía de sombras grises, negras, haciendo más terribles los movimientos del oleaje en medio del hervidero. El sol rasante

iluminaba con tonos amarotados las crestas espumosas, dejando en la penumbra las profundas y aterradoras simas del agua.

Se helaban en la galería, expuestos al castigo del viento. Volvieron de nuevo a la pieza, con la niña en brazos, y la acostaron suavemente en el lecho. Su respiración se había hecho sibilante; la sacudía un pequeño hipo. Un grumo le asomaba entre los labios.

El hombre volvió hacia la galería, oteando una vez más el horizonte revuelto, temblando bajo el viento y el frío que le penetraba en las ropas mojadas. Poco era lo que podía divisarse ahora. Las olas se convertían en masas sombrías, pesadas, que se adentraban por la costa y rompían con furia contra los árboles. La casa era un islote en medio del agua negruzca, hirviente, que salpicaba y rompía en todas direcciones.

El almacenero se le acercó. —Mal tiempo, dijo por fin. Estuvo mirando el río y luego añadió en tono sentencioso: —Hace años que no se ve una marea semejante.

El isleño no contestó. No quería hablar para que no se perdiera algún toque lejano de bocina. Tenía todavía la esperanza de que la lancha se animara a cruzar el río. Pero no era posible percibir el menor rumor de motores.

Poco a poco el agua se iba ensombreciendo. El río estaba ahora invadido de masas oscuras, que se movían pesadamente, fatigadas por el viento. Del cielo, surcado de nubes bajas, veloces, caía una ligera llovizna.

El isleño fué a buscar al patrón. —Sería bueno encender un farol, le dijo, siempre con su idea fija.

El almacenero se alejó y volvió al rato con un bombillo de navegación, encendido. El hombre entonces se descalzó, se remangó los pantalones y se metió en el agua. Del embarcadero sólo emergían algunos postes, y el agua empezaba a cubrir la base del surtidor de nafta. Lentamente, tanteando paso tras paso, llegó hasta las tablas del muelle. Así llegó hasta el poste que sostenía el trapo blanco, y ató en él el bombillo.

Una sombra cenicienta comenzaba a envolver el río. Las nubes desfleadas se confundían a lo lejos con la neblina producida por el revoltijo de las aguas. Pronto no se pudo ver más allá de unos metros.

La luz amarillenta del farol alumbraba las olas más cercanas, destacando formas que surgían del fondo de la noche

y desaparecían a su vez para que surgieran otras nuevas. Más allá del reflejo sólo llegaba el ruido de la marea. La luz daba de lleno en el trapo blanco que hacía de bandera y que el viento sacudía frenéticamente. En esta forma se veía de lejos, en el caso de que la lancha, si no se había vuelto, se decidiese a cruzar el río. Pero no habría quien se atreviera a correr ese riesgo.

Pasó una hora todavía. Hacía rato que era noche cerrada. No se veía más que el tropel de nubes bajas que avanzaban a paso de carga por un cielo grisáceo, hostil. El hombre seguía mirando a la masa de sombras móviles, al farol, al trapo flameante, amarillento. Ya no podía más; le dolían los ojos de tanto esforzarlos por ver más allá de las tinieblas. Estaba transido y con un cansancio abrumador.

Abandonó entonces la espera, y se metió en la pieza. Caminó pesadamente por ella y se sentó en una silla, frente a la enferma. Sonaron unos golpes en la puerta.

—Venía a ver si le hacía falta algo, dijo el almacenero. ¿No quiere comer?

El hombre hizo un gesto negativo.

—Entonces me voy a dormir. Si precisa algo me llama. Se ofreció una vez más, dió las buenas noches y se retiró.

El hombre cerró trabajosamente la puerta detrás de él, forzándola contra el viento. Después se sentó en el borde de la cama.

Toda la inquietud y el cansancio del día se le iban acumulando por momentos. Paseó la vista por la habitación, deteniéndose en cada detalle, nada más que para mover un poco los ojos, y luego fijó su mirada en la enfermita. Esta continuaba en la misma situación, jadeando levemente, arrebatada por la fiebre, con el rostro encendido y los ojuelos brillantes.

El hombre se incorporó, movió los brazos sin motivo aparente, y se puso a caminar por la habitación. Luego abrió la puerta, casi sin darse cuenta. Una ráfaga de viento se coló por la abertura. Afuera seguían debatiéndose los árboles, con un rumor confuso y potente, y se oían los latigazos intermitentes del río. Intentó una vez más salir a la galería, pero se convenció de que era inútil. No había más remedio que esperar al día siguiente, a ver qué se haría. Desanimado, volvió a su sitio.

Una vaga modorra comenzaba a apoderarse de él. La cabeza le pesaba enormemente, y tuvo que apoyarla entre las manos.

Le invadía una tremenda angustia. Allí estaba la criatura, y él sin poder hacer nada, frente a ella; se levantó una vez más y le enjugó la frente. Exhalaba un leve ronquido, y con sus labios reseco intentó decir algo. El hombre le alcanzó el vaso de agua, pero ella no hizo ningún movimiento para acercarse. Volvió a dejar el vaso en el suelo. Al agacharse, la vista se le nubló. Las formas dejaron de tener un perfil y se mezclaron entre ellas; claridades y sombras formaron una confusa pantalla. El hombre consiguió erguirse, y se pasó la mano por la cara. Con los ojos dilatados por el terror, miró a todos lados. La carita de la niña en la almohada se convirtió en una mancha rojiza, donde ya no se distinguían las facciones; los barrotes de la cama se ensancharon, se transformaron en franjas temblorosas que cambiaban de forma constantemente.

El hombre, aterrado, se levantó de la cama y comenzó a pasear por la habitación. Caminaba con cuidado, tratando de no hacer ruido, y sus pasos se confundían con el fragor de la tormenta. Dió algunos pasos vacilantes, de aquí para allá, y acabó por dejarse caer de nuevo en la silla.

Largo rato estuvo sentado, sin moverse. Los ruidos del exterior, el fragor del viento en los árboles y el golpe de las olas se fué amortiguando poco a poco. A veces la atención se le encendía, pero después lo dominaba el relajamiento del cansancio. Al mover los ojos todas las cosas giraron en sentido contrario. Le costó trabajo volver la cabeza; una masa de sombras le caía desde los párpados; las facciones de la chica se borraban de nuevo. Los ojos, la nariz, la boca, cobraban dimensiones monstruosas. Éra como si en la cama estuviese acostado un animal de líneas imprecisas, borroso y fluctuante. La cama, los objetos, se desleían en manchas informes de luz y sombra, sin rigidez ni quietud. Alzó los ojos al techo y volvió a ver las sombras danzantes, informes, que daban la impresión de un ámbito ilimitado. En la media luz ambiente, todo se hinchaba y desleía; y cuando fijaba la vista en la luz amarillenta de la lámpara, parecía que la llama le taladraba las pupilas. A fuerza de querer tenerlos abiertos, los ojos le dolían y se negaban a seguir mirando.

Una inmensa pesadez lo invadía. Como un hombre que se helara, el envaramiento, la rigidez lo fué ganando poco a poco. Primero fueron las piernas, luego el cuerpo, el cuello, los brazos. Se dejaba llevar por el sopor dulcísimo. De pronto reaccionaba con un movimiento brusco, abría desesperadamente los ojos, sacudía la cabeza y se incorporaba en la silla para caer de nuevo en la inmovilidad. Era un agotamiento paulatino, un dejarse llevar por el sueño, que quería evitar.

La luz de la lámpara era ahora un sol rojizo, con un halo fuliginoso. Ya no oía ni veía nada con nitidez.

Durante un momento trató de luchar contra el sueño, cada vez más abrumador, hasta que éste le venció. Tuvo varios sobresaltos bruscos que hicieron crujir la silla, se le aflojaron los miembros, y la cabeza acabó cayéndosele sobre el pecho. Su acompasado ronquido alternaba con la sibilante respiración de la enferma.

Fuertes golpes resonaron en la puerta. El hombre los percibió primero confusamente, pero luego se le fueron haciendo más claros, hasta que despertó.

Se levantó precipitadamente —durante el sueño se había caído al suelo— y corrió hacia la puerta. Al abrirla, la luz de la mañana lo encegueció. El viento había cesado por completo, pero la inundación continuaba. Bajo la napa de luz, el Guazú era una inmensa placa de mica reverberante. Había en el ambiente una maravillosa plenitud solar.

—La lancha, gritaba el almacenero desde fuera. ¡Está la lancha!

Desde el muelle venían repetidos toques de bocina. La lancha había cruzado el río, y al ver el trapo blanco colgando del muelle había atracado. Llamaba insistentemente para que saliera alguien del negocio.

El hombre corrió por la galería, gritando que se detuvieran, que lo esperaran un momento. Casi no se acordaba de la noche que había transcurrido. Se movía todavía semi-dormido, con gestos automáticos.

Entró precipitadamente en la pieza, para despertar a la chica y llevársela. Sobre la cama en desorden, yacía el cuerpecito distorsionado, con uno de los brazos caídos tocando el suelo. Por la cara, ahora de una palidez de cera, y por los labios entreabiertos, inermes, le andaban algunas moscas. Ya se estaba enfriando y comenzaba la rigidez cadavérica.

LA DIGESTION DE LA BOA

El fin no puede justificar nunca los medios por la simple evidente razón de que los medios empleados determinan la naturaleza de los fines producidos por ellos. ALDOUS HUXLEY. *El Fin y los Medios*.

CADA momento se hace más necesaria, más urgente la lucha por la libertad cultural. Aquel peligro que Paul Valery observa, creciente, avasallador, después de la guerra europea del catorce: la aniquilación del espíritu, constituye ya, no un temor sino una realidad. Una frase suya de aquella época: "¿Se convertirá Europa en lo que es en realidad, es decir, en un pequeño cabo del continente asiático?", puede considerarse como una profecía, en lo que a política y cultura se refiere. Si lo que él consideraba que distinguía a Europa era precisamente su avidez activa, su imaginación y lógica, su misticismo no resignado y su escepticismo no pesimista, quedan muy pocas de esas virtudes en ejercicio. La curiosidad se ha limitado al plano temeroso de lo comprometido, la avidez lleva por rabo el prejuicio, la imaginación se cubre con capas y capas de disimulo y paciencia, cuando no de resignación y estoicismo, y el escepticismo elegante y teórico de los literatos es: o pesimismo absoluto o una mística política vacía de toda concepción estética.

El Congreso de la Libertad cultural celebrado en Berlín en junio de 1950 es el primer paso concreto que se dió en el sentido de que es necesario que la defensa de la cultura salga del terreno inhibido de los Pen Clubs y el mundo conozca el terrible problema del escritor y su libertad de expresión.

Ignacio Silone, el conocido autor de *Fontamara* y de *La semilla bajo la nieve*, quien defendió la idea de que el escritor no puede existir sin la libertad, que es su verdadera razón de ser, tuvo partidarios entre los que sostenían cuestiones específicas, contra el grupo integrado por Koestler, Burnham y Hook, que son de opinión por una lucha decisiva, pues como él dice: "no se puede predicar la neutralidad contra la peste bubónica".

Hasta nosotros había llegado el reflejo de esta polémica y aunque muchos escritores de América se hacían solidarios en la lucha por la libertad de conciencia del intelectual, el problema se oteaba lejano, fuera de la órbita de nuestro continente. El caso del novelista negro Richard Wright, autor de *Sangre negra* y otros libros como *Los hijos del tío Tom*, expulsado del Partido Comunista americano, difamado en los diarios, rebajado en su valor literario, tildado de traidor a su raza y sus hermanos, fué el primero, extrañamente silenciado, capaz de mostrar que tampoco los escritores americanos estaban a salvo de la apisonadora política.

Otro caso, esta vez sucedido en México no hace mucho tiempo, pone de manifiesto que la boa necesita para su digestión de gran variedad de presas. En el de José Revueltas, hay un ejemplo muy definido de cómo el Partido Comunista prefiere enganchar el pensamiento, dirigir la inteligencia y convertirlo en una especie de técnica moderna.

No pretendo ahora estudiar la personalidad de Revueltas, como no sea en su relación con la libertad de la cultura. Este joven autor, casi al mismo tiempo, presentó dos obras: la novela *Los días terrenales*, que muestra la vida privada de los comunistas mexicanos entre 1930-35 y el drama social *El cuadrante de la Soledad*, una especie de exposición de tipos de barrio bajo, en este caso el llamado barrio de la Soledad. Estos dos sucesos que indudablemente parecían tener gran importancia en la carrera —llamativa e inflada carrera de escritor— de José Revueltas, terminaron con un final sorprendente muy en especial sorprendente para el propio Revueltas, acostumbrado al halago de la prensa, al homenaje y el aplauso del mundo oficial del Partido y de sus círculos dominantes y representativos. He aquí que su novela fué “silenciada” por la crítica y el drama duramente combatido, al punto que el escritor, incapaz de saber enfrentarse a una situación que exigía entereza, firmeza y carácter para mantenerse en su independencia de creador literario, aún en el caso de que se viera obligado a hacerlo en la soledad y el aislamiento como tantos otros creadores de igual o mayor importancia, mandó retirar la novela de las librerías y el drama del escenario donde se representaba. El pánico del escritor burocratizado había entregado al artista a la rapacidad digestiva de la boa...

Transcribiré algunas informaciones a este respecto.

El cuadrante de la Soledad fué tachado por los miembros del Partido Comunista mexicano como una obra decadentista, influida por las ideas de corrupción moral y crisis estética de la cultura burguesa de nuestros días, palabras con las que los comunistas tachan el existencialismo. La campaña realizada en México por esos elementos contra el existencialismo bien merecería un artículo. El subtítulo de Sartre a su teoría: "filosofía de la libertad" irrita a los comunistas. Una clase de libertad como esa —"todas las personas son libres del mismo modo que todas son mortales"— que viene del propio ser, nace y muere con él, no fué puesto en práctica por Revueltas quien, sujeto a largas conversaciones de presión teórica sobre su "literatura de extravío" fué al fin convencido de que tenía la libertad de elegir la mansedumbre y la sumisión, sin darse cuenta de que con ello firmaba su sentencia de muerte como escritor.

He aquí cómo un miembro del Partido califica a Revueltas, antes de su rectificación: "Revueltas describe con mano diestra a los derrotados, a los frustrados, a los malvados, a los inválidos, a los criminales, a los prostituídos, a los ciegos; pero ¿por qué rehuye pintar también a los triunfadores, a los generosos, a los sanos, a los honestos, a los videntes, que también existen y a millones en México?"

He aquí cómo un jefe del Partido, *un comisario* de la tan cacareada avanzada social, se asusta de que se refleje la vida real e ignore a los triunfadores, a los salvadores de la humanidad. Para hundir la obra de Revueltas en el fango más espeso la tacha de: oscura, poco sólida, retorcida, alambicada, ficticia, excesiva, recargada, paradójica, procaz, subjetiva, cínica, pomposa y añade aun este párrafo amenazador entre una mano de cal y otra de cemento: "Yo sé que no he pecado de rudeza sino de suavidad. Sé que el último trabajo de Revueltas requeriría, en estricta severidad, no un comentario sereno y constructivo, sino *una condenación categórica sin alternativas*".

¡Y esto ha sucedido en México!...

Un consejo típico fué éste, a manera de perdonavidas: "Debe examinar su trabajo sin soberbia, sin vanidad, sin superficialidad. Debe ser su propio crítico. Debe acercarse a la realidad mundial con los ojos bien abiertos y aceptar en toda su trascendencia el gran cambio histórico progresivo que los pueblos están realizando". Esto es: debe volver a la disciplina del Partido, ser dócil a las órdenes, ver lo que no existe, calar

lo que observa, cantar a los triunfadores de turno ("Nosotros somos los fuertes" ha dicho, orgulloso, Lombardo Toledano), evitar poner de protagonista en su obra a un comunista que al mismo tiempo roba vacas, a un intelectual marxista inclinado al misticismo, a prostitutas respetuosas y sentimentales y a una masa que lucha y no sabe por qué. Ya nada puede salvar a José Revueltas.

¿Quién le perdonará su crítica irónica a los comunistas mexicanos repletos de "marxismo", quién ese "contacto existencialista", verdadero espantapájaros de los mismos? Su actitud prudente y acomodaticia, su gesto de sumisión al reconocer públicamente —en carta abierta dirigida a los periódicos— su culpabilidad de escritor militante no lo salvará en absoluto, pues como para el protagonista de *Obscuridad al mediodía*, éste no es más que el primer paso hacia su liquidación total. El Partido lo consideró contaminado por el existencialismo. (Si es una teoría recién venida de Friburgo y París ¿cómo pudo haberlo contaminado? dice con argumentos de P. Ripalda, su juez y contrincante) y ese morbo, que compara con la poliomielitis, no se cura nunca totalmente.

Lo que califican como evangelio de la decadencia ha sido, en realidad la decadencia de José Revueltas, su anulación como escritor y es para nosotros un ejemplo cercano de la libertad amenazada en nuestro propio suelo. Ya no son Boris Pílniak, Babel, Riazánov, o Meyerhold, desaparecidos en el gran silencio de la URSS, no es el caso de los artistas y escritores sujetos a la militancia obligatoria en los países ocupados; es aquí mismo, en nuestra radiante, libre y esplendorosa América, hasta donde llegan los apetitos del totalitarismo.

Desde ahora los días de José Revueltas serán, por una extraña videncia: días terrenales en el cuadrante de la soledad. O para decirlo por colofón con palabras de Malraux, hasta no hace mucho camarada de Partido: "Estimo que la literatura se halla en grave peligro desde el momento en que el escritor se ve obligado a obedecer una consigna. El arte no es una sumisión, es una conquista".

LA RESISTENCIA DE LAS PEQUEÑAS REVISTAS EN EE. UU.

¿HABRÍA SOÑADO alguna vez Miss Margaret Anderson durante aquellos tiempos de intensa vida bohemia, cuando vivía en una tienda de campaña a orillas del lago Michigán y editaba *The Little Review*, que llegaría el momento en que se publicara un texto erudito sobre las pequeñas revistas? Así, pues, si ya la vida no es tan divertida como antes, por lo menos tenemos la satisfacción de que nos vigilen de más cerca nuestras dueñas literarias. La misma aparición de tal libro demuestra que los grupos de vanguardia son reconocidos como instituciones legítimas, al punto que las pequeñas revistas considéranse instrumento adicional de nuestra cultura.

¡Y qué triunfo tan merecido no es éste! Y qué sensación tan irresistible no sentimos de gritar a las orgullosas fachadas de la ciudadela de los editores la lista de los que nacieron a la vida de la celebridad mediante las pequeñas revistas: Eliot, Joyce, Pound, Hemingway, Sherwood Anderson, Faulkner, etc.

Uno de los mejores estudios del aspecto sociológico de la literatura norteamericana se debe a R. P. Blackmur con el título de *The Economy of the American Writer*. Este ensayo comienza entre 1910 y 1920, un período de fermentación en América, cuando aparecieron revistas tales como *The Masses* (1911-17), *Poetry* (1912-), *The Little Review* (1914-29), *The Liberator* (1918-24). En ese decenio es cuando Eliot y Pound emigran de América y todavía no se apaga el eco del adiós de Henry James a su tierra nativa; es la época de la revuelta contra el provincialismo americano y su vida de frontera, al mismo tiempo que contra la tradición adocenada de Nueva Inglaterra. Junto con ello aparece el anhelo de algo nuevo, fresco y aun chocante en literatura. Es significativo, por tanto, que hasta las revistas emigren y que *The Little Review* vaya a aparecer en París. Luego esos viejos temas se transforman en dos nuevas formas: un espíritu revolucionario en la vida americana, que la revista *The Seven Arts* anunciará co-

mo "el comienzo de la conciencia nacional y el comienzo de nuestra superación", el surgimiento de un maduro extremismo, que en su aspecto cultural se presenta como una avenida de escape del provincialismo americano, al vincular a nuestros intelectuales de izquierda con los movimientos intelectuales del mundo entero.

A pesar de las crudezas literarias de la época, tal cual se reflejan en Mencken, a pesar de la Prohibición, la boga del automóvil, el período de 1920 al 30 parece anunciar un comienzo promisor con la fundación de una genuina tradición literaria, a la vez intensamente americana e internacional. Así fué como *The Dial* alcanzó entonces el más grande éxito que haya tenido una revista literaria en nuestra historia. Y fuera de ella encontramos también *The Fugitive* (1922-25), *The Hund and Horn* (1927-34), *The New Masses* (1926-1947), aun cuando después de 1928 ésta última cesa de representar ya sea a los intelectuales o a la literatura de su país, excepto en la degradación creciente y universal de la Izquierda. Una de las pérdidas notables que sufrimos al comenzar ese decenio fué la muerte de Randolph Bourne, cuando estaba a punto de tomar a su cargo la dirección de *The Dial*; en consecuencia, la revista nunca llegó a poseer una política firme y así fué ganando terreno la peligrosa tradición americana de la revista "puramente literaria".

Pero en el paso de un decenio al otro, allá por 1935, la gran promesa fué aniquilada. Su relación con Europa había ido cambiando lentamente y Europa misma ya no era un refugio vital. La aparición del fascismo constituyó la primera señal de la larga agonía europea; y allá por 1945, Europa se había extinguido hasta tal punto como lugar de expatriación, que aún la continuidad de su civilización se hizo problemática. Otras influencias deletéreas, que venían desarrollándose desde 1920, alcanzaron su fatal virulencia hacia el fin de ese período: las películas de Hollywood, los periódicos de Mr. Luce (*Fortune, Time, Life*), la radio, el estalinismo y *The New Yorker* con sus pretensiones de ingenio para el consumo del snob intelectual. Y ahora la televisión al llevar hasta el recinto doméstico el espectáculo teatral, pondría una nueva barrera entre el lector y las formas activas del Arte. Naturalmente, la Resistencia no cesó entre los años que van del 30 al 40; pero los ejércitos de ocupación habían cambiado y es-

taban mucho mejor organizados y eran más agresivos; y contra tales fuerzas nada pudo la bohemia de los años anteriores, con su frecuente frivolidad. La Resistencia misma era ahora más aislada y expuesta a más traicioneros peligros internos.

Max Weber, ampliando y modificando la doctrina de Marx, ha hecho la demostración más elocuente del proceso de burocratización como la característica más extendida de la sociedad moderna y particularmente del capitalismo en su estado corporativo. Las burocracias se entremezclan y se refuerzan una a otras: las empresas periodísticas se afanan por superar a las empresas cinematográficas en la fabricación de reputaciones literarias hechas de molde y de acuerdo con una receta ya bien probada, precisamente como los productores de Hollywood pueden calcular de antemano cuánto producirán ciertos argumentos y ciertas estrellas de la pantalla. En igual forma los editores saben que pueden vender por millones cualquier libro —así sea una aburrida novela religiosa— valiéndose de ciertas corrientes sociales estimuladas por una intensa propaganda. Los escritores de esas fábricas tienen una prehistoria revolucionaria, y se ha visto así que algunos de los colaboradores de Mr. Luce tratan en ocasiones de apaciguar su conciencia enviando algún trabajo a las pequeñas revistas. De esta manera, John Hersey, por ejemplo, puede alternar entre las páginas de *Life* y las listas de autores más en boga en Broadway y Hollywood.

Estamos viviendo un período en el que las masas se han levantado a un nivel que les ha permitido entrar en la antecámara de la historia, sin que por eso hayan alcanzado a hacer su propia historia. Se las condujo a una revolución, pero no han hecho su propia revolución. Ya no están fuera de la historia como el siervo feudal, y son la principal fuerza de la historia, pero solamente como una masa inerte que manejan los dictadores de la cultura, igual que los dictadores de la política.

¿Qué pasa entretanto con la vanguardia, mientras este proceso de burocratización y explotación cultural se va adueñando de la conciencia nacional, igual que un ejército de tanques? Ella va siendo empujada más y más hacia un rincón remoto de la vida norteamericana: los claustros universitarios. *The Southern Review* representa un cambio más allá de las revistas metropolitanas y bohémias de veinte y treinta años atrás. La conexión con las universidades parece prometer mayor segu-

ridad a los directores y colaboradores, al mismo tiempo que atenúa el elemento behemio en sus filas; pero también acarrea peligros de consideración. Por una parte, la universidad norteamericana está muy corrompida, y por otra, en relación muy precaria con el ambiente nacional. Mientras el escritor permanece alejado de la universidad, puede tener una mejor oportunidad de ejercer alguna influencia en la vida universitaria, en tanto que al asociarse a la universidad, deja de influir sobre la vida norteamericana. *The Southern Review* ofreció en los últimos años considerables evidencias de lo dicho: véase si no la proporción de colaboraciones que hicieron la disección completa de Eliot, del difunto Yeats, de Joyce y de los otros grandes de la vanguardia. Los escritores académicos no merecen que se les condene del todo por tal conducta, desde que entre 1930 y 1940 existió una relativa esterilidad en que sólo era posible vivir exhibiendo los cadáveres de sus más fecundos progenitores del decenio anterior. *The Southern Review* se estaba convirtiendo rápidamente en una revista de profesores de inglés para profesores de inglés... Y no digo esto porque tenga prevención contra los profesores de inglés, algunos de los cuales son muy buenos amigos míos, etc., etc. Pero lo que uno es, determina lo que uno piensa, y no se puede vivir entre un grupo de profesores de inglés (con las cualidades propias de estos profesionales), sin el contagio correspondiente. Sobre todo, cuando se tiene en vista la necesidad de una promoción académica y también la idiosincrasia de los colegas que, por su parte, están interesados en mantener su propia forma de especialización.

La conciencia de lo que se ha dado en llamar la nueva crítica, uno de los productos instintivos de las pequeñas revistas en su época más reciente, ha nacido de esa misma condición académica y revela claramente el sello de su origen. Aunque ha producido varias brillantes interpretaciones de obras aisladas, su intención crítica sigue siendo desembozadamente pedagógica, pues se concentra en el proceso de la lectura misma, que antes la crítica daba por descontado. Aun cuando esa crítica implica, en parte, censura a una sociedad en que la lectura se ha hecho pasiva, y que requiere solamente la vigésima parte de la capacidad mental corriente, representa al mismo tiempo una derrota y una admisión por parte del crítico de su retiro de la vida activa, para recogerse a rumiar su texto en su rincón. El nuevo tipo de provincialismo literario

que ha aparecido ahora en la escena norteamericana lleva invariablemente la toga y el birrete académicos.

Mientras que la vanguardia se retira a los claustros universitarios, la misma Nueva York pierde su antiguo carácter como centro cultural. Y ¿qué vemos ahora? Nueva York se ha convertido en una ciudadela del filisteísmo en cuyo centro se levanta, ocupando varias manzanas, el Templo del melodrama comercial: Radio City. Creó que a todos ha de parecerles evidente que en el futuro será inmensamente más difícil, acaso imposible, restablecer lo perdido en la vida cultural de Nueva York. Y mientras el dinero siga afluyendo a la metrópoli y derramándose por todas partes la vulgaridad de Broadway, los voceros de la radio, los astutos agentes de publicidad, seguirán invadiendo toda la isla, aplastando, amordazando y ahogando a las minorías artísticas, que terminarán por desmenuzarse aun más y aislarse unas de otras.

Tales son los puntos salientes de la historia social del escritor norteamericano en estos tiempos en que procura afirmar sus posiciones tras los desastres de la segunda guerra mundial. Reconozco que no es una pintura muy alegre la que acabo de presentar; pero, como diría Scholem Aleijem, si no fuera verdad ¿habría salido yo con eso? La metáfora de la Resistencia hace ya tiempo que se convirtió en una realidad literal. Es cierto que no se nos pone contra una pared y no se nos fusila por medio de las tropas de ocupación; pero si uno no paga con su sangre, paga con sus nervios, con el agotamiento del cuerpo y la pérdida de las energías, los achaques del corazón, del estómago, del hígado, junto a la amarga impaciencia y la impotencia que saboreamos cada día. Y contrariamente a lo que pasaba en la otra Resistencia, uno carece del consuelo de sentirse un héroe ni cuenta con el desahogo espontáneo de arrojarle una granada a los flamantes invasores, generales Louis B. Mayer y Henry Luce.

Pero volviendo a la extensa y heterogénea colección que presenta Miss Ulrich en su "Historia y bibliografía de las pequeñas revistas" y aun admitiendo las debilidades de tanta bohemia destornillada, las crudezas y petulancias de muchos de sus miembros, ¿no debemos concederles también el título de "héroes"?

Editorial Jurídica de Chile

FORMADA POR LA FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y POR LA
BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL

LIBROS DE DERECHO

*Colecciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y
Sociales de la Universidad de Chile*

1.ª COLECCION DE MANUALES JURIDICOS

- N.º 1. *Manual de Derecho Penal*, por J. Raimundo del Rfo C.\$ 60
- N.º 2. *Manual de Derecho de Minería*, por Armando Uribe Herrera \$ 90
- N.º 3. *Manual de Derecho Civil*. Tomo I. (Título preliminar del Código Civil), por Victorio Pescio\$ 90
- N.º 4. *Manual de Derecho Penal*, por Gustavo Labatut Glenda. (Agotado)
- N.º 5. *Manual de Derecho Civil*. Tomo II (Teoría general de la prueba y teoría general de los actos jurídicos) por Victorio Pescio\$ 120
- N.º 6. *Manual de Derecho procesal Penal*, por Osvaldo López.....\$ 95
- N.º 7. *Manual de Derecho Administrativo*, por Manuel Jara Cristi ..\$ 70
- N.º 8. *Manual de Medicina Legal*, por Samuel Gajardo \$ 40
- N.º 9. *Manual de Criminalística*, por el Dr. Luis Sandoval\$ 130
- N.º 10. *Manual de Historia del Derecho*, por Carlos Hamilton..\$ 100
- N.º 11. *Manual de Derecho Procesal*, (Teoría) por Manuel Urrutia \$ 100
- N.º 12. *Manual de Derecho Canónico*, por Carlos Hamilton\$ 110
- N.º 13. *Manual de Derecho del Trabajo*, por Alfredo Gaete Berríos..\$ 90
- N.º 14. *Manual de Seguridad Social*, por Alfredo Gaete e Inés Santana \$ 60
- N.º 15. *Manual de Técnica de la investigación Jurídico-Social*, por Aníbal Bascuñán Valdés\$ 110
- N.º 16. *Manual de Procedimiento Civil (Recursos Procesales)*, por Alejandro Espinoza Solís de Ovanado, agotado.
- N.º 17. *Manual de Procedimiento Civil (Juicio Ejecutivo)* por Raúl Espinoza, agotado.
- N.os 18. - 19. *Manual de Derecho Romano*, 2 tomos por Francisco Jorquera.....\$ 250
- N.os 20. - 21. *Manual de Medicina Legal*, por Luis Cousiño Mac-Iver. 2 tomos.....\$ 200
- N.º 22. *Manual de Derecho Civil*, Tomo III, por Victorio Pescio.....\$ 150
- N.º 23. *Manual de Derecho Civil (De las Obligaciones)*, por Ramón Meza Barros\$ 160
- N.os 24.-25. *Manual de Derecho Procesal Orgánico*, por Mario Casarino Viterbo (Prof. del ramo de la Escuela de Derecho de Valparaíso) 2 vols.....\$ 250
- N.º 26. *Manual de Organización y Atribuciones de los Tribunales*, por Jaime Galté Garré (Profesor de

- Derecho Procesal de la Universidad de Chile)...\$ 150
- N.º 27. *Manual de Derecho Financiero*, por Enrique Piedrabuena \$ 160
- N.º 28. *Manual de Derecho Constitucional*, por Gabriel Amunátegui \$ 160
- N.º 29. *Manual de Derecho Comercial*, tomo 1.º por Julio Olavarría \$ 160
- N.º 30. Tomo 2.º Id. \$ 170
- N.º 31. Tomo 3.º Id. \$ 180
- N.º 32. *Manual de Derecho Internacional Privado*, por Fernando Albónico Tomo 1.º \$ 130
- N.º 33. Tomo 2.º Id. \$ 160
- N.º 34. *Manual del Abogado*, bajo la dirección del Consejo General del Colegio de Abogados.....\$ 100
- N.º 35. *Manual de Derecho Aéreo*, por Eduardo Hamilton..... \$ 200
- N.º 36. *Manual de Sociología*, por Samuel Gajardo \$ 200
- N.º 37. *Manual de Derecho Constitucional*, por Mario Bernaschina (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) tomo 1.º \$ 210
- N.º 38 Tomo 2.º id. \$ 250

2.ª COLECCION DE ESTUDIOS JURIDICOS Y SOCIALES

- N.º 1. *El Mandato Civil*, por David Sttichkin.....\$ 400
- N.º 2. *Derecho Procesal del Trabajo*, por Alfredo Gaete y Hugo Pereira..... \$ 300
- N.º 3. *El problema histórico del trabajo*, por Gustavo Lagos Matus... \$ 250
- N.º 4. *Derecho Tributario (Ley de Impuestos sobre la renta)*, por Alvaro Rencoret \$ 250
- N.º 5-6. *Indivisión y Partición*, por Manuel Somarriva Undurraga. 2 tomos... \$ 550
- N.º 7. *Panorama del Derecho Social Chileno*, por Francisco Walker Linares.....\$ 160
- N.º 8. *Derecho del Trabajo Americano*, por María Alvarado y Ariaselva Ruz, con prólogo de D. Luis Barriga\$ 150
- N.º 9. *Derecho Internacional Privado (Parte General)*, por Federico Duncker B.....\$ 330
- N.º 10. *Errázuriz Zañartu. Su vida*, por Alfonso Bulnes...\$ 320
- N.º 11. *Accidentes del Trabajo en enfermedades profesionales*, por Alfredo Gaete Berrios y Exequiel Figueroa Araya..\$ 190
- N.º 12. *Regímenes políticos*, por Gabriel Amunátegui Jordán (en prensa).
- N.º 13. *Introducción a la teoría de la Norma Jurídica y la Teoría de la Institución*, por Jorge Iván Hübner Gallo...\$ 150

3.ª COLECCION DE APUNTES DE CLASE

- N.º 1. *Derecho Internacional Público*, por Ernesto Barros Jarpa. Agotado.
- N.º 2. *Procedimiento Civil (Juicios Especiales)*, por Carlos Alberto Stoehrel y Mario Muñoz Salazar. Agotado.
- N.º 3. *Historia Constitucional de Chile*, por Julio Heise...\$ 140
- N.º 4. *Política Económica*, por Felipe Herrera..... \$ 200
- N.º 5. *Procedimiento Civil (Juicio Ordinario de Mayor Cuantía)* por Ignacio Rodríguez Papić..... \$ 110

4.a COLECCION DE MEMORIAS DE LICENCIADOS

Volumen I. «Derecho del Trabajo» \$ 350

A.—«El obrero y el empleado ante la legislación social chilena», por Mario Ruz.

B.—«Estudio teórico y práctico de las leyes de mejoramiento económico de los empleados particulares» (Leyes 6.020, 7.064 y 7.280, refundidas en la N.º 7.295), por Manuel Martínez.

C.—«Régimen jurídico de los deportistas profesionales», por Humberto Cuadra.

D.—«El Sindicato profesional», por Héctor Téllez.

E.—«La Caja de Retiro y Montepío de las Fuerzas de la Defensa Nacional», por Rigoberto Jamett.

F.—«El fuero del trabajo español», por Osvaldo Fuenzalida.

Volumen II. «Derecho del Trabajo» \$ 350

A.—«La NU. y la organización internacional del trabajo», por Rolando Laemermann.

B.—«Vigésima novena conferencia internacional del trabajo», por Laura García.

C.—«El problema de la plenitud del empleo ante las conferencias internacionales del trabajo de post-guerra», por Humberto Valenzuela.

D.—«La evolución de la seguridad social», por Boris Acharán.

E.—«Interpretación y Aplicación que la Caja de Seguro Obligatorio ha dado a los beneficios que concede la Ley 4054», por Juan Frontaura.

F.—«Situación económico-social del personal ferroviario», por Raúl Vásquez.

Volumen III. «Derecho Industrial y Agrícola» \$ 350

A.—«Régimen legal de las aguas en Chile», por Mario Silva.

B.—«Régimen legal de las aguas en Chile», por Luis Karque.

C.—«Comentario y breve estudio crítico del Código de Aguas», por Sofía Sack.

D.—«Naturaleza jurídica de las cooperativas y en especial de las cooperativas agrícolas», por Jorge Kalwasser.

E.—«Las cooperativas agrícolas», por Raúl Franco.

F.—«De la instalación y funcionamiento de industrias, bajo el punto de vista legal», por Jorge Ferdmann.

G.—«Marcas Comerciales», por Jorge Farah.

Volumen IV. «Ciencias Económicas» \$ 350

A.—«El Consejo Nacional de Economía», por Mario Sepúlveda P.

B.—«Coordinación de los medios de transporte en Chile», por Ramiro Contreras Lara.

C.—«Chile y Perú a través de su producción económica», por Alejandro Runco González.

D.—«Chiloé económico», por Arnoldo Santana Bahamondes.

C.—«Los problemas de la alimentación y los acuerdos de Hot Springs», por José Musalem S.

Volumen V. «Ciencias Económicas» \$ 300

A.—«La Caja de la Habitación y las Empresas industriales, Mineras y Salitreras en la solución del problema de la vivienda», por Hernán Escalona.

B.—«El problema de la carne en Chile», por Mario Bustamante P.

C.—«Industria del arroz en Chile y sus proyecciones económicas», por Hugo Olate Vásquez.

D.—«Industria química pesada en Chile y sus posibilidades», por René Vega Muñoz.

E.—«La alimentación y la agricultura ante la Comisión Económica para América Latina», por Osvaldo Vásquez.

F.—«Evolución del Concepto del Dinero», por Juan Morizón Leclerc.

Volumen VI. «Historia del Derecho»
\$ 280

A.—«El Ministerio Público en el Derecho Indiano», por Elena Robledo Madrid.

B.—«Esquema del Derecho Penal Militar Indiano y su Jurisprudencia Chilena», por Pedro Toledo Sánchez.

C.—«Esquema del Derecho de Minas en Chile Colonial», por Gustavo Rochefort Ernt.

Volumen VII «Medicina Legal» \$ 350

A.—«Estudio de la personalidad de mujeres delinquentes y de diversos grupos de mujeres que no han estado en conflicto con la justicia en Chile», por Loreley Friedman Volosky.

B.—«Psicoanálisis y Criminalidad», por Juan Salfatte Araya.

C.—«Responsabilidad penal del delirante alcohólico», por Mario Rojas Cervera.

D.—«Estudio sobre la fuerza psíquica como causal de irresponsabilidad en materia penal y civil», por César Frigerio Castaldi.

E.—«Las oligofrenias como determinantes de la delincuencia», por Elsa Fuentes Rodríguez.

Volumen VIII. «Ciencias Económicas»
\$ 350

A.—«La Inflación», por Mario Mosquera y César Serani.

B.—«El impuesto a la cifra de negocios», por Claudio Cifuentes Betancourt.

C.—«La Marina Mercante Nacional y el Crédito Naviero», por Juana Vodnizza.

D.—«La industria de la betarraga azucarera y sus posibilidades económicas», por Fernando Le-Bert Sotomayor.

E.—«Influencia de la Educación Primaria en la Economía», por Lidia Valenzuela G.

F.—«Régimen impositivo de los Bienes Raíces», por

Rafael Le-Bert Espinoza.

Volumen IX. «Derecho del Trabajo»
\$ 350

A.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del Trabajo de Chile y Costa Rica», por Fernando Rayo P.

B.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Santo Domingo», por Luis Parada Dagnino.

C.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Guatemala», por Juan Latife.

D.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Perú», por Martín Molina Pérez de Valenzuela.

E.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Brasil», por Luis Díaz Barbieri.

F.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Uruguay», por María Luisa Aichele Hohmann.

Volumen X. «Derecho del Trabajo» \$ 350

A.—«La Ley N° 6.174 de Medicina Preventiva y el Servicio Médico Na-

OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL JURIDICA

- | | | |
|---|---|---|
| <i>Jurisprudencia Administrativa de las sociedades anónimas</i> , por Hernán Castro Ossandón \$ 150 | <i>La Partición de Bienes</i> , por Marcos Silva Bascañán ..\$ 140 | por Moisés Poblete Troncoso ..\$ 165 |
| <i>La Partición de Bienes</i> , por Pedro Lira Urquieta ...\$ 80 | <i>Instituciones de Derecho Minero Chileno</i> , 2 tomos., por Julio Ruíz Bourgeois \$ 400 | <i>Elementos de Derecho Constitucional chileno</i> , por Carlos Estévez Gazmuri\$ 250 |
| | <i>El Derecho del Trabajo y la Seguridad Social en Chile</i> , | <i>Compendio alfabético de la legislación social chilena</i> por Juan Díaz Salas..\$ 150 |

OTRAS OBRAS

- | | | |
|---|---|---|
| <i>El Delito Económico</i> , por Rodolfo Borzutzky\$ 150 | <i>Prontuario de Derecho Consular Chileno</i> , por Jonás Guerra \$ 150 | <i>El Periodismo</i> , por Horacio Hernández \$ 180 |
|---|---|---|

CODIGO DE AGUAS

- Código de Aguas*. Edición oficial 1951, con el nuevo texto refundido que contiene las últimas modificaciones \$ 80.—
Proximamente: Nueva edición de la Colección de Códigos

Despachos a provincias contra-reembolso

EDITORIAL JURIDICA DE CHILE

Santo Domingo 1382 — SANTIAGO — Casilla 4256. Teléfono 74923

B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

- | | |
|--|--------------|
| Precio del número | \$ 30 m/ch. |
| Suscripción a 4 números | \$ 100 m/ch. |
| con derecho a un ejemplar empastado de «El Espíritu Criollo» | \$ 200 m/ch. |

FUERA DE CHILE:

- | | |
|--|-----------|
| Suscripción a 4 números y un libro | 3.50 u.s. |
|--|-----------|

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Optica

MAIER

OPTICO AUTORIZADO

*se despachan
recetas de los médicos
oculistas*



Agustinas 853, entre
Estado y San Antonio

SANTIAGO

Tel. 31145 Casilla 4143

T R A B A J E
Y ESTUDIE

EN LA

“UNIVERSIDAD
POPULAR
VALENTIN LETELIER”

QUE LE BRINDA
LA OPORTUNIDAD QUE
UD. DESEA

Haga su consulta a:

CARRERA 86, TELEFONO 88477
SANTIAGO

“Jemmy Button”

Novela

por BENJAMIN SUBERCASEAUX

Esta grandiosa novela marcará en nuestra literatura el término de una época y el comienzo de otra. Hasta hoy, los novelistas chilenos se mantuvieron apegados a lo criollo y local. “Jemmy Button” invade con ímpetu el vasto horizonte de lo universal, en un magnífico esfuerzo que ya la crítica proclama plenamente logrado.

Sus páginas, animadas por un sostenido soplo de vitalidad, nos hacen vivir una aventura marítima y nos ponen en contacto con una interesante experiencia humana, la tentativa civilizadora de Fitz-Roy, que permite al autor deslumbrarnos con brillantes elucubraciones sobre nuestra naturaleza, nuestros instintos y nuestro destino.

Un volumen encuadernado.. \$ 400.—

Enviamos contra reembolso

EMPRESA ERCILLA, S.A.

Agustinas 1639, Fono 62225, Cas. 63-D

R E P A R E
SUS MOTORES
ELECTRICOS

EN

SAN DIEGO
15

—
Israel Friedmann

DR. S. TANNENBAUM B.
LABORATORIO
CLINICO

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Deposiciones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn, Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc. Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Urico, Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completa, Sección completa de Bacteriología: Widal Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

* * *

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31
Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago

Cristal
YUNGAY
Créditos
ESTADO 167



NO NECESITA AZUCAR
NI HUEVOS

PIDALO EN TODOS LOS
ALMACENES

HILADOS
FINOS DE ALGODON
Y S.P.U.N-RAYON
—
COMPANIA
TEXTIL ANDINA
S. A.
Teléfono 50036 - Stgo.

El acero nacional determinará
el florecimiento de nuestros
astilleros, la producción de
maquinaria agrícola en la esca-
la que se necesite y la eman-
cipación de nuestra industria.

COMPañIA DE ACERO DEL PACIFICO

Distribuidores: CODINA

COPEC

SODIMAC

SEGECO

cional de Empleados», por René Musalem Giacaman.

B.—«La Ley de Previsión para los Abogados», por Jorge Magaña N.

C.—«La Caja Bancaria de Pensiones», por Raúl Gutiérrez Varas.

D.—«El despido colectivo de más de diez asalariados», por René Argandoña Olivares.

E.—«El problema del salario en Chile» por Clodomiro Madariaga E.

F.—«La Organización Internacional del Trabajo. Su importancia en la Política Social moderna y la legislación nacional», por Porfirio Torres Muñoz.

Volumen XI «Derecho Civil» \$ 300

A.—«Síntesis de las teorías sobre la posesión», por Mariano Salas Araya.

B.—«El contrato de promesa antela jurisprudencia», por Ignacio Gurruchaga Gurruchaga.

C.—«De los efectos de la adopción. Derecho chileno comparado», por Jorge Manushevich.

D.—«El matrimonio en el Código Civil peruano», por Abraham Ulloa.

E.—«Sociedad conyugal en el Código Civil argentino», por Héctor Espejo.

Volumen XII. «Derecho Procesal Civil» \$ 300

A.—«Del juicio ordinario de mayor cuantía», por Ignacio Rodríguez Papić.

B.—«La demanda y su ampliación», por Alvaro Barrios.

C.—«Los plazos en el Procedimiento Civil», por Régulo Agurto.

D.—«Aspecto procesal de la Ley de Impuesto a la Renta», por Fernando Silva Bravo.

Volumen XIII «Ciencias Económicas» \$ 325

A.—«El comercio de compensación y los tratados internacionales», por Eduardo Delfín Rojas.

B.—«La Caja de Colonización Agrícola», por Edmundo Vilensky.

C.—«Proyecciones del Tratado de Lima de 1929, en las relaciones económicas entre Chile y el Perú», por Hernán Gutiérrez L.

D.—«Del impuesto territorial en Chile, Argentina y otras legislaciones», por Gil Darrigrandi.

E.—«El Ministerio de Agricultura y la política agraria», por Adela Manquilef.

F.—«El estudio de la evolución de la deuda externa en Argentina y su comparación con la deuda pública en Chile», por Olimpia Schneider.

Volumen XIV. «Derecho de Minería» \$ 350

A.—«Del objeto de la propiedad minera», por Juan Hamilton.

B.—«De las substancias minerales reservadas al Estado», por Carlos López Hernández.

C.—«De la naturaleza jurídica de la concesión carbonífera submarina o situación de las playas marítimas y mar adyacente.

D.—«Estudio de legislación Comparada. Legislaciones chilena y argentina», por Carlos Cruzat Paul.

E.—«Estudio comparativo de los Títulos II, III, VII y VIII de Código de Minería Chileno, concordado con el Código de Minería de la República Argentina», por Jorge Meléndez Amunátegui.

F.—«Legislación comparada chilena-argentina, títulos IX, X, XI, XIII y XIV del Código de Minas Chileno», por Javier Sierra Infante.

ROPAS
Ruddoff

*El sello de
Distinción
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LEGISLAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE/Sartor Resartus



ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN

Precio del ejemplar \$ 30 m/ch.